



Seminario de grado: Literatura, Sexualidades y Género

Ambivalencia de lo Queer(ing): *El lugar sin límites.*

Sujeción y potencia de la Manuela frente al poder

Informe para optar al grado de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica, mención Literatura

Profesoras guía: Kemy Oyarzún; Soledad Falabella

Constanza Maldonado Núñez

Santiago, Enero 2020

*No tenía para qué pensar en el desprecio y en las risas que tan bien conoce porque son parte de la diversión de los hombres, a eso vienen, a despreciarla a una, pero en la pista, con una flor detrás de la oreja, vieja y patuleca como estaba, ella era más mujer que todas las Lucys y las Clotys y las Japonesitas de la tierra... curvando hacia atrás el dorso y frunciendo los labios y zapateando con más furia, reían más y la ola de la risa la llevaba hacia arriba, hacia las luces.*

-El lugar sin límites



## AGRADECIMIENTOS

—Si yo pongo mis manos aquí...—dijo mientras situaba una mano a cada lado de su cabeza, con las palmas abiertas hacia al frente justo a pocos centímetros de su sien. —No puedo verlas, ni tampoco ver el resto de mi cuerpo. No puedo verme. Ustedes pueden verme y tienen una imagen de mí. Yo no. Nunca tengo una imagen de mí completa. Solo fragmentos. Accedo a una imagen fragmentada.

Así recuerdo que empezó la primera clase a la que asistí de la profesora Kemy Oyarzún en el año 2018. Recuerdo con más claridad aún cómo me sentí: me costó algunos minutos reparar en las consecuencias de eso que ella decía: somos fragmentos. Aunque en un inicio la idea se sintió algo vertiginosa, como mirar mucho rato el cielo lleno de estrellas, luego provocó un *click* dentro de mí. Ese *click* se repitió muchas veces bajo su docencia, pues al escucharla hablar con manifiesta energía y vocación de subjetividades deseantes, de cuerpos llenos de carnes y pieles que no rehusaban de su encarnación ni de sus sentidos; de brujas rebeldes e identidades que rompen normas, algo pareció hacer sentido dentro de mí y pude ver las cosas con un ojo crítico y agudo. Más aún: pude entenderme a mí misma. Sin aquel sentimiento obtenido en aquellas clases no se hubiese creado en mí el interés por unir mi conexión con las letras con el reciente interés por los Estudios de Género y Feminismo; hasta hoy sentir un enamoramiento por ellos que me llevó a escribir el presente trabajo.

Y si hablo de factores que, de haber estado ausentes, hubiesen vuelto más complejo este proceso, es imposible no mencionar a mi querida madre. Sin ella me parece altamente improbable estar donde estoy hoy. Agradezco inmensamente todo el esfuerzo, cariño, amor, paciencia, fuerza, sabiduría y compromiso que volcó en mi crianza desde siempre, aspectos que me permitieron ser una estudiante comprometida y sobre todo, me enseñaron a hacer las cosas (lo que fuera) con amor y dedicación. Sin verla como el modelo que es: una mujer empoderada, inteligente y fuerte hasta lo increíble, quizá mi corazón no hubiese dado el brinco que dio cuando escuché hablar de feminismo la primera vez; brinco que me condujo en el último tiempo para escribir este trabajo Así que, Marcela Núñez: infinitas gracias (muy sororas, por lo demás) a ti.

Por último, queda en mi corazón gran gratitud con todas las personas que de alguna u otra forma se hicieron presentes en este proceso, con apoyo, ayuda, cariño, contención, conversación, opiniones, enseñanzas y amistad.

## Índice

<b>Preámbulo</b> .....	5
<b>Introducción</b> .....	8
Mi propuesta: corpus, ejes, objetivos, hipótesis.....	8
Mi motivación.....	9
Escritura: ¿Cómo quiero escribir este trabajo y cómo deseo leer la escritura de José Donoso?.....	12
<b>Antecedentes:</b>	
<b>¿Y si hablamos más de enunciación?</b> .....	16
Escribiendo desde/hacia los límites.....	16
Los diarios: ¿El secreto que habla sin decirse?.....	18
<b>Capítulo 1: ¿Asentemos bases?</b> .....	23
Preguntémosnos primero: ¿Por qué se habla de psicoanálisis y feminismo en un trabajo literario?.....	23
¿Cómo se relacionan psicoanálisis, teoría Queer y Feminismo?.....	25
<b>PSICOANÁLISIS</b> .....	28
a) El poder: pujando dese afuera, formando desde adentro.....	28
b) Las normas sociales como fenómeno psíquico.....	29
c) Sujeto escindido: subjetividades ambivalentes.....	20
<b>LO QUEER</b> .....	31
a) El mandato de la heterosexualidad.....	31
b) El castigo del borde precario y su reapropiación.....	34
c) La performance del género y la performance sancionada de lo Queer.....	36
<b>Capítulo 2: Análisis de El lugar sin límites</b> .....	38
Limitando con El Olivo: los poderes de un sistema patriarcal.....	39
La Manuela: indeterminación y performance.....	43
La Japonesa hace su apuesta: "Yo puedo calentar a la Manuela por muy maricón que sea".....	49

Te nombro y condeno como mi padre: <i>"Vergüenza ser hija de un maricón como él"</i> .....	51
El castigo físico de Pancho: <i>"Hasta quebrarla"</i> .....	55
<b>Conclusión</b> .....	<b>59</b>
<b>Bibliografía</b> .....	<b>64</b>



## Preámbulo:

### ANTES DE EMPEZAR:

Me concedo el permiso de tomarme un pequeño trozo de mi informe de investigación final de pregrado para enunciar algunas consideraciones que me parecen necesarias. Sincero que esto no lo escribo previo a la escritura de las posteriores páginas. Así que la consigna “Antes de empezar” es, en realidad para el público lector, y hasta podríamos decir que es más bien performática; aspecto que viene totalmente al caso de mi trabajo, como pronto se verá.

**Primero:** Durante este trabajo ocuparé “lenguaje inclusivo”. Ya que, al tocar el tema de lo Queer, me parece apropiado y justificado. Como estudiante de lengua hispánica me parece impensable ignorar los cambios lingüísticos que están ocurriendo a causa de un cambio de paradigma que ha traído el feminismo de hoy en nuestro país. Incluso si mi tema no se relacionara con las subjetividades que rompen la heteronorma y, por ende, las identidades binarias y rígidas que ha buscado construir el patriarcado, aun así haría uso de esta modalidad gramatical a la hora de generizar neutramente adjetivos, sustantivos y artículos, pues al estar en el seminario “Literatura, sexualidades y género” siento que tengo un marco más que óptimo para esto. En cuanto a la forma; haré uso de la “e” como neutra sabiendo, no obstante, que esta vocal es ocupada también para designar a las personas trans/no binarias/ de género fluido para procurar, de esta forma, enmarcar a todos los géneros. Sin embargo, por un asunto de extensión y sonoridad aplicaré el criterio de “e” = *neutro*.<sup>1</sup>

**Segundo,** ya a un par de meses de emprender de lleno el camino escritural, hoy Chile se encuentra en un periodo de crisis sociopolítica importantísimo; y esto ha acarreado tiempos agitados y sentires intensos y fluctuantes. En ese contexto, como generación de estudiantes de la Universidad de Chile, es que estamos escribiendo nuestras tesis, tesinas y trabajos finales, los cuales dan fin a nuestro periodo universitario. No me parece un buen momento para pensar en la Academia y me nace, en un primer lugar, una sensación de estar pecando de superficial al sumergirme en planteamientos teóricos mientras puedo escuchar, al otro lado

---

<sup>1</sup> Kemy Oyarzún en “Feminismos chilenos: una democratización encarnada” menciona el visibilizar subjetividades como un acto político en este gesto sociolingüístico que representa el lenguaje no sexista (36).

de mi ventana ubicada en pleno Santiago Centro, las bocinas de carabineros, las sirenas constantes de ambulancias, los gritos de lucha y de rabia de la gente; el clamor de una multitud que pide que no se les dispare más.

Escribo esto apremiada porque he tenido la oportunidad de participar en la organización de cabildos, de ir a instancias de reflexiones sociopolíticas y el tiempo entonces se hace corto. Escribo esto cansada de haber tenido que correr de un carro policial que intentaba disolver una marcha y más cansada aún porque a veces las piernas no me dan abasto y termino con la piel irritada por las aguas contaminadas que nos lanzan. Escribo esto mientras me pregunto qué acontecimiento de Santiago muestran hoy los canales televisivos nacionales llegando hasta el televisor de mi familia ubicada en otra ciudad, quienes pasan sus días y noches preocupados ante la posibilidad que mis pies se encuentren entre tantos pies marchantes que después de un ¡boom! ensordecedor ya no se mueven más, ni para marchar ni para nada. Y sigo escribiendo mientras apunto una nota mental de mensajear a mi mamá para que sepa que hoy no he salido y que hoy estoy a salvo. Escribo esto mientras lloran mis ojos; lloran primero por el olor de bombas lacrimógenas lanzadas en la esquina de mi residencia que se ha filtrado hasta aquí y lloran después porque hace media hora circulaban nombres de las últimas personas que han perdido sus ojos.

Pero luego viene otra sensación, una que llega mientras me insto a mí misma a concentrarme y escribir sobre mi tema para cumplir mi deber de estudiante; y esa sensación es más agradable que la anterior. Siento que lo que escribo se ve distinto para mí hoy. Siento que hablar de feminismo (aunque sea académicamente) es necesario hoy más que nunca. Siento que somos tantas les que hoy marchamos gritando el mismo grito que habita en todas las bocas, porque a todas les duele callárselo, que está el peligro inminente de que se pierdan los gritos sectorizados. Siento que la calle puede olvidar que aunque estamos todas unidas no somos todas iguales y no todas hemos sido oprimidas de la misma forma. Y ese es el punto que siempre he querido trabajar en mi presente informe y que hoy parece ser más urgente. Hoy, cuando los mismos hombres que nos gritaban “putas histéricas” y “feminazis” mientras marchábamos con puños verdes y morados, marchan ahora a nuestro lado pensándonos todavía de la misma forma. Hoy, cuando se jerarquiza y limitan roles de género en los partidos y las manifestaciones participantes del movimiento. Hoy, cuando rumbo todas juntas

a plaza Italia a una niña le silban cual perro y a otra le susurran obscenidades en el oído. Hoy, cuando en los cánticos se escucha “ula ula los pacos tienen tetas y las pacas tienen tula”. Hoy, cuando a los uniformados se les grita “maricones” con la intención de insultarlos. Hoy, hoy importa más que hace dos meses.

Hoy, se nos pide así escribir.

Hoy así escribimos.

Hoy, con todo esto pasando es como escribo.



## Introducción

### **Mi propuesta: corpus, ejes, objetivos, hipótesis.**

En este mi informe de investigación final como estudiante de pregrado me propongo trabajar la novela *El lugar sin límites* del escritor chileno José Donoso. Mi acercamiento hacia esta novela será de la mano, por una parte, de los principales postulados de la teoría Queer relacionados con la otredad y, por otra parte, del psicoanálisis feminista, específicamente el tema del sujeto escindido trabajado por Butler en *Mecanismos psíquicos del poder*. Ambas perspectivas serán fundamentales para tratar el problema que he identificado en mi novela escogida: la ambivalencia que posee el personaje de la<sup>2</sup> Manuela en cuanto a su identidad Queer.

Teniendo en cuenta este ángulo en el cual deseo adentrarme, es que nace mi pregunta de investigación: ¿Cómo funciona esa ambivalencia que identifico en el personaje de la Manuela en su círculo social? En concordancia a esto me propongo mi objetivo general: Examinar el funcionamiento de la identidad Queer de la Manuela en cuanto a sus relaciones interpersonales y el efecto que se desprende ellas.

Frente a esta pregunta, que instaura el camino a recorrer durante este trabajo, emerge desde ya y tentativamente una respuesta que conforma mi hipótesis: la ambivalencia de la Manuela radica y funciona en cuanto a su subjetividad sumamente escindida al ser sujeto de sujeción y potencia a causa de su identidad Queer insertada de manera desafiante frente al régimen heteronormativo que constituye su círculo social.

En pos de poder llegar a comprobar mi hipótesis se instauran otros objetivos, además del ya planteado principal, que operarán como métodos para acercarme al punto que propongo. El primero de ellos consiste en analizar los postulados de Butler acerca del sujeto escindido y aplicarlo al personaje en cuestión. Esto para poder sentar las bases de referencia

---

<sup>2</sup> Durante el presente trabajo, cuando me refiera a este personaje mantendré el artículo acompañante (*la*) del nombre, aspecto que se utiliza originalmente en la novela; pues creo que referirse a “la” Manuela es propio de su identidad Queer y de la recepción que se hace de esta; considero que es mantener la performatividad del género expresado en el lenguaje.

a la ambivalencia y escisión. El segundo consta de revisar los principales puntos de la teoría Queer y examinar cómo estos operan en *El lugar sin límites*. De esta forma, la perspectiva de lo Queer podrá unirse a la perspectiva del psicoanálisis feminista que quedaría ya tratada en el objetivo anterior. La articulación de estos dos estudios, en cuanto a sus puntos de convergencia, es fundamental para el tratamiento de mi tema e hipótesis. Finalmente, el tercer objetivo estriba en identificar el pueblo El Olivo como un ejemplo y materialización de la heterosexualidad obligatoria como reguladora de relaciones sociales, para esto es necesario escarbar en las nociones principales de nuestro sistema sexo-género y de la categoría de sexo en general.

### **Mi motivación**

Ahora que ya han quedado expresados los ejes y metas de este trabajo puedo continuar con otro aspecto que considero fundamental tratar en esta introducción y es la motivación que reside detrás de esta investigación. Podemos proponer *El lugar sin límites* como obra referente y principal de la literatura del boom latinoamericano, razón por la cual se le ha conferido importancia considerable dentro de los estudios literarios latinoamericanos y ha sido analizada en variadas ocasiones. Por otro lado, la performance, el carnaval y la sexualidad son temas fácilmente detectables en el trabajo de Donoso, por lo que también hay un amplio repertorio de estudios Queer sobre este texto en específico. A pesar de la gama de acercamientos a esta novela, no obstante, no hay demasiados trabajos que se muevan bajo la perspectiva psicoanalítica feminista con respecto, particularmente, al poder como mecanismo psíquico que origina la subjetividad escindida. Y este es, como ya he dejado claro al comienzo, el punto que quiero rescatar y vincular con los estudios de lo Queer, pues como propongo en mi hipótesis, la identidad Queer puede ser la raíz de la ambivalencia: ser víctima de sujeción y agente de potencia. Con esto no quiero afirmar que las subjetividades Queer son las únicas escindidas y poseedoras de esas dualidad, pero sí quiero proponer que son unas de las identidades dónde más claro se manifiesta aquello.

Me parece un buen momento de establecer una especie de extrapolación de la hipótesis sobre *El lugar sin límites* a un pensamiento más general; el cual es la motivación para acercarme con las perspectivas ya expresadas a esta novela. Y es que, lo que identifico y espero examinar en el mundo donosiano, es lo que puedo ver claramente también en nuestra



sociedad actualmente. Aun cuando el texto se publica en 1966, puedo lanzar líneas paralelas y comparativas a nuestro contexto de hoy. Las problemáticas que me he propuesto trabajar en relación a la Manuela y su mundo son las que considero fundamentales de examinar y tratar como sociedad frente a la discriminación sexual de nuestra realidad. Por esto es que lo Queer y la subjetividades vistas desde un enfoque feminista son la base de mi motivación.

Si entendemos motivación como “cosa que anima a una persona a actuar o a realizar algo”, según la definición que entrega la Real Academia Española, podemos concebir que el tema y perspectiva que decidimos tratar en nuestro último trabajo estaría vinculado con un interés propio, que justamente nos anima a trabajar lo escogido. Transparentar esto me parece sumamente acorde y pertinente a los estudios feministas.

En el momento de identificar el lugar desde donde nace mi motivación enfocada en tratar estos temas específicos, de inmediato aparece mi deseo de escudriñar los efectos de la heteronormatividad. Entiendo este concepto como la instalación de la heterosexualidad obligatoria como dispositivo de control social y norma del patriarcado. Este dispositivo regula la sexualidad de hombres y mujeres, dictaminando que la sexualidad de mujeres debe ir dirigida hacia los hombres, y viceversa. Para poder seguir el sendero recto y pre delimitado de la heteronormatividad se debe cumplir con distintos tipos de estereotipos de género. La masculinidad y la femineidad deben ser llevadas a cabo de una forma específica para que, por consiguiente, funcione el contrato heterosexual de manera precisa.

Mi primera inquietud, y detonante del camino que seguí hasta llegar a mi objetivo e hipótesis actuales, radica, entonces, en notar y considerar que una de las grandes formas de control que ha tenido el patriarcado ha sido la heteronormatividad imperante en nuestro sistema sociocultural. Las relaciones sociales de las personas, como apuntaba más arriba, han sido delimitadas y preestablecidas por y en torno a la heterosexualidad, configurando a esta como la base reguladora de nuestro relacionarnos y presentando sanciones para quienes nos situamos en lo Queer; es decir (y así lo entenderé en mi investigación), como les que no transitamos en la línea recta de la heterosexualidad y la identidad cisgénero. Menciono aquí que para catalogar las subjetividades como Queer me baso en el texto de Fonseca y Quinteros *La teoría Queer*. De esta forma, las subjetividades disidentes en cuanto a su identidad y

expresión de género y su orientación sexual son las que consideraré como pertenecientes a la categoría de lo Queer.

Este sistema heteronormativo es propio de nuestro sistema sexo-género actual, el cual según lo entiende Teresita de Barbieri en *Sobre la categoría de género*, es un conjunto de prácticas y normas sociales reglamentado en la diferencia anatómica de hombres y mujeres (149). Así, quienes no van con las reglas de este sistema, quedan en un borde, en una especie de rincón de castigo al que deben atenerse como sanción social, por no pertenecer, justamente, a lo “normal”. La sanción que recae en esas subjetividades por romper la heteronorma las vuelve subalternas y subyugadas. Sin embargo, también desde ese rincón pueden ejercer un acto de rebeldía, el cual representa y se configura, siguiendo la terminología de Butler, como una potencia de revuelta, la cual existe y depende de esa misma condición subalterna. Lo Queer molesta, perturba, y amenaza, así, con desestabilizar la norma sexual. Y eso, justamente, representa un conjunto de armas de lucha que proveen a estas subjetividades de un poder de agencia. Por consiguiente, son subjetividades ambivalentes.

Escarbar en cómo opera esa ambivalencia (a mi juicio sumamente valiosa), y los alcances que puede tener, es uno de los aspectos que más me interesa estudiar. No sólo por lo inspirador o esperanzador que puede resultar el polo de la potencia, sino porque este es inconcebible sin el polo de la sujeción, y la sujeción que sufren las otredades, en específico las disidencias sexuales, me parece altamente interesantes de estudiar. Poner el acento en la diferencia, entonces, como lo hace justamente la teoría Queer, se manifiesta a mi juicio como un acto útil y certero. Pues de lo contrario, sin rescatar las diferencias y por ende, las particularidades de cada sitio de enunciación, estaríamos cayendo en homogeneizar las subjetividades y volviendo a universalizar las experiencias. Poner el timbre de “iguales” sobre todas las subjetividades es ignorar y omitir las diferentes experiencias de vidas; es obviar que los procesos de subjetivación varían significativamente entre sujetos privilegiados y subyugados.

**Escritura: ¿Cómo quiero escribir este trabajo y cómo deseo leer la escritura de José Donoso?**



En sentido y concordancia de lo recién mencionado, deseo reivindicar la escritura que nace no sólo desde un pensamiento concreto y teórico, sino la escritura que nace del sentir, del exponerse como seres que enuncian, que se mueven detrás del texto. Me adhiero a la idea de resquebrajar la rigidez de la escritura académica cuando aquello de lo que se escribe lo amerita. ¿Cómo hablar de subjetividades que sufren y que gozan, que son aplastadas y que aplastan, cuando se pretende escribir de ellas como si se tratasen de máquinas y no de seres sintientes? ¿No tiene más sentido y coherencia asumir que nuestros enunciados efectivamente provienen de nuestra subjetividad aun cuando los vistamos de formalidades y armaduras teóricas? ¿Por qué insistir en la división, de hecho, entre teoría y subjetividad?

Judith Butler en su prefacio de 1999 de *El género en disputa*, da permiso a que su escritura se desarme frente a ella, permite que como lectores vislumbremos el proceso escritural que fue necesario para poder terminar su libro; proceso que además cala y modifica su entendimiento y percepción personal sobre el tema que trataba: “Mientras lo escribía comprendí que yo misma mantenía una relación de combate y antagonista a ciertas formas de feminismo, aunque también comprendí que el texto pertenecía al propio feminismo.” (7). En añadidura, en este prefacio nos permite y brinda la oportunidad de ver que la escritura es un proceso deseante, que incluye retrocesos, autocorrecciones y momentos de vulnerabilidad. El resultado no funciona como una ecuación perfecta justamente por lo que acabo de mencionar; el resultado, producto de algo vivo, puede fluir y desapegarse incluso de las intenciones o expectativas iniciales: “La vida del texto ha superado mis intenciones” (7). Butler no tiene reparos en mostrar sus propias experiencias y vivencias como argumentos y respaldos para sus planteamientos:

Crecí entendiendo algo sobre la violencia de las normas del género: un tío encarcelado por tener un cuerpo anatómicamente anómalo, privado de la familia y de los amigos (...); primos gays que tuvieron que abandonar el hogar por su sexualidad, real o imaginada; mi propia y tempestuosa declaración pública de la homosexualidad a los 16 años (Butler 23).

De esta forma, su escritura funciona como un modelo a seguir en cuanto a mi propósito de considerar y utilizar mi cercanía personal con mi tema escogido a la hora de escribir este informe y sobre todo la enunciación del enunciado. Es decir, me preguntaré por ese proceso deseante solapado en la escritura de José Donoso y en la intencionalidad del texto, las

adscripciones ideológicas que lo sustentan. El intento de preguntarme y tratar de responderme desde dónde escribía este escritor y cuáles eran las motivaciones que hacían funcionar su pluma, será parte de los antecedentes de este trabajo. Pues de esta manera pretendo poder analizar un discurso, discurso que lleva por nombre, *El lugar sin límites*. Bajo esta metodología considero que traeré luz para esclarecer el análisis del texto, el cual, bajo mi pensar no solo habla, sino que habla situadamente. A esto se refiere Donna Haraway en su texto, *Ciencia, cyborgs y mujeres*, cuando se embarca en el asunto del conocimiento situado (313). Aspecto fundamental para poder comprender por qué se decide escribir, justamente, de forma situada, sin pretender que hay una distancia en realidad inexistente. Esa pretensión de lejanía descansaría en la idea de una visión universal, correcta y verdadera sobre los hechos y acontecimientos. Sin embargo, el feminismo desearía todo lo opuesto a esto: “Yo quisiera una doctrina de la objetividad encarnada (...): la objetividad feminista significa, sencillamente, conocimientos situados” (324). Para poder hablar de conocimiento situado es necesario hablar del desde dónde vemos lo que vemos. Ese lugar desde donde vemos (y por ende enunciamos) varía según las experiencias que han conformado nuestro proceso constante de subjetivación. Tiene que ver con la vista, que justamente la tecnología de los últimos tiempos ha pretendido ampliar y diversificar, para mostrar más de una visión (todas activas) y no solo “diferentes caras” de un mismo visionado (327).

Tener una visión activa, entonces, según Haraway, requiere de la especificidad de nuestra visión encarnada. Y esa visión, propia de la teoría literaria feminista, es la que quisiera que no quedase sepultada por la pretensión de objetividad lejana. Influye en esto la actitud habitual a la hora de escribir académicamente sobre un texto en particular: una actitud de científico sostenedor de la asepsia y descontaminación del texto en relación a la enunciación, tanto propia como la de la subjetividad que escribe el corpus analizado. En definitiva, abogo por contaminar el texto. No quiero matar la relación que existe entre enunciado y su enunciación. Y la enunciación de Donoso, en particular, me parece sumamente útil de considerar a la hora de rastrear temas protagónicos y nudos principales que la crítica literaria ha detectado en su obra. El valor –no en términos morales, sino más bien utilitarios para mi propósito –radica en la catalogación que podemos realizar de su subjetividad como “transgresora” o perteneciente a una otredad. Me refiero con esto a la sexualidad de José Donoso, la cual quedó expuesta al conocimiento público tras su muerte y



la publicación de sus varios diarios de vida que registraron su intimidad por más de cuarenta años. Válida sería la pregunta, en este punto, del por qué la homosexualidad de José Donoso le otorgaría un carácter más interesante a su enunciación. Y la respuesta se aleja mucho de cualquier postura intrusa o de cualquier sentimiento de curiosidad banal por su identidad sexual o vida amorosa. El interés radica en la pertenencia de la sexualidad de Donoso a un grupo marginal.

Ya sabemos que la escritura feminista aboga por la especificidad, por reconocer los lugares de enunciación con sus correspondientes particularidades; sobre todo cuando esos lugares de enunciación son los que han sido silenciados, reservados a una otredad que no se visibiliza y a la cual se le han puesto puertas inmensas para impedir el acceso hasta tal punto que incluso quienes allí habitan la pueden sentir desierta y desconocida. Esto expresa Elaine Showalter en *La crítica feminista en el desierto*, que, refiriéndose a las mujeres, habla de un “grupo silenciado” (103) que ha sido culturalmente construido en pos del grupo “dominante”, que sería la esfera de lo masculino (103). Aquel “grupo silenciado”, sin embargo y a pesar de la pretensión de construirlo culturalmente como un complemento o imagen espejeada a servicio del “grupo masculino dominante”, puede quedar, parcialmente, fugado. Dicho de otro modo, partes de las subjetividades pertenecientes al “grupo silenciado” (es decir, mujeres según Showalter) no lograrían ser contenidas en la red de representación que se le ha otorgado y quedarían en una zona sin representatividad (104). De esta forma, esa porción del “grupo silenciado” que no cabe en los patrones androcéntricos queda en una tierra de nadie, en un territorio no vaciado pero sí inexplorado, prohibido para los hombres y para las mujeres. Si bien soy sumamente consciente de que la subjetividad que enuncia el texto que he escogido es una identidad masculina, hablamos de una masculinidad que rompe con las normas de la heteronormatividad. Su identidad sexual correspondía a esas que habitan en los márgenes; y de hecho estuvo siempre reprimida. Propongo entonces, teniendo en miras esto, que esa zona desierta que explicaba existe no sólo en el grupo silenciado que conforman mujeres sino que también en otros grupos ultrajados de su voz y discurso, como lo es el grupo que encarnarían las disidencias sexuales. Este grupo estaría bajo un grupo dominante, que en este caso bien podríamos afirmar que es la heteronormatividad como dispositivo de control y hegemonía. Si aceptamos esto se reafirma con facilidad la necesidad y utilidad de

considerar la enunciación de José Donoso como proveniente de una subjetividad que posee una especificidad generalmente oprimida bajo el sistema sexo-género hegemónico.

**Antecedentes:**

**¿Y si hablamos más de enunciación?**

*El lugar sin límites* fue publicado el año 1966 y se constituye y recepciona como una de las obras que dio mayor reconocimiento al escritor chileno José Donoso en toda su carrera.



Esta novela le otorgó renombre como uno de los principales exponentes de la literatura hispánica de la segunda mitad del siglo XX. Por este mismo reconocimiento es que no es de extrañarse que, tal como menciono en mi introducción, existan múltiples y variados estudios y acercamientos teóricos sobre esta novela<sup>3</sup>. Pero más que pasar a dejar constancia de esa gama de perspectivas bajo las cuales se ha leído y releído este texto donosiano, procederé a tratar el lugar desde dónde escribe Donoso mismo, incluyendo contexto y momento de producción literaria nacional que enmarca su trabajo. Es decir, y tal como lo anuncié en la introducción, a modo de antecedente consideraré la enunciación del autor de mi novela a analizar.

El boom latinoamericano surgido entre la década de los 60' y 70' en Chile constituyó un momento de alejamiento de la literatura denominada criollista o realista que hasta ese momento se producía. Ya que no es el fin de mi trabajo analizar este fenómeno literario, no ahondaré en sus características, pero sí apuntaré que sus principales exponentes buscaban ampliar los caminos que había proporcionado hasta entonces la novela realista tradicional. En este sentido, José Donoso fue uno de los escritores que vio esta nueva etapa literaria como una forma de transgresión.

### **Escribiendo desde/hacia los límites**

Ya he apuntado que Donoso se ubica en ese grupo de escritores chilenos que ha sido concebido como insigne del boom latinoamericano. El boom era dejar la tradición literaria anterior atrás y transicionar hacia un nuevo horizonte con una estética, temática y búsqueda de identidad distinta. Se buscaba potenciar la identidad latinoamericana insertada en un mundo de modernización. En definitiva, pareciera que en el boom se dejó de mirar hacía las tradiciones y formas de vida del pasado que conformaban el camino al presente y se giró la cabeza para escribir con miras a insertarse al devenir del futuro. Esto realizando una escritura mucho más urbana con efectos de una literatura aparentemente más universal y social, despidiéndose del naturalismo y sin complejidad de inferioridad frente a Europa. Aquel continente, como ente ejemplificador y superior, se busca enterrar, y por el contrario, se

---

<sup>3</sup> Algunos de aquellos estudios sobre la obra serán ocupados textualmente como textos críticos en este trabajo, tales como los textos de Pablo Corbalán y Andrea Ostrov. Otros varios, sin embargo, se referenciarán hacia el final mi presente en informe en la sección de la biografía.

emprende un camino para ubicarse en una posición de paridad. Así explica al respecto Bárbara Gonzales en *Reverso, espejos y mundos: El lugar sin límites de José Donoso*:

La idea fundamental de estos y otros autores es dar un vuelco a las directrices imperantes y enfocarse en modelos externos para crear literatura social. A ellos les debemos la internacionalización de lo hispanoamericano, pues el criterio comienza a abandonar lo regionalista y Europa mira hacia Hispanoamérica, desenterrando a la, antes, literatura marginal. (Gonzales s/p)

En este sentido, Donoso aportó a ese cambio con sus transgresiones a los límites. En su trabajo ya se veía el paso siguiente a la despedida del criollismo. Corbalán en *Cartografía de José Donoso* menciona la necesidad de una estética más amplia y transgresora que sentía Donoso y los escritores de la generación chilena de 1950 (20). El mismo autor crítico plantea que Donoso pudo comprender que para “afirmarse como creador de novelas verdaderamente contemporáneas tenía que ir más allá de los límites” (20), transgredir los límites de un “realismo estrecho” (20). No es, sin embargo, que quisiera dar un paso más allá de los límites y olvidarse de estos, sino que parte de su transgresión era hacerlos notar, manifestarlos al tiempo que se situaba en ellos.

Ya que he utilizado más de una vez el concepto de *límites* considero oportuno instalar aquí una base referencial a dicha idea. Tomo la definición del mismo crítico ya citado:

Se entiende por ‘límite’ en primer término la orilla, el linde de un lugar o la frontera entre dos lugares. Los límites son las determinaciones de un espacio dado. Los límites establecen a la vez una separación y la posibilidad de una comunicación. Un límite puede anunciar una prohibición y ser por lo tanto una invitación a la transgresión” (Corbalán 21)

Y no solo con respecto a la inscripción de su narrativa en el boom latinoamericano es que podemos ver transgresiones de Donoso; en su escritura el tema de la performance y lo carnavalesco se instala para romper los límites de normas sociales establecidas y ordenes instaurados. Corbalán respecto a lo mismo nos habla de una *bipolarización* en las historias que teje Donoso, es decir en el plano de lo “imaginario”, encontrándose así dos polos que interactúan y se cruzan: “el polo del orden constituido y el polo del caos que amenaza al primero” (29). Nos recalca Corbalán que el segundo polo no es algo tan simple como una



insubordinación al primero, sino algo más profundo y misterioso que permite transformar el orden.

En síntesis, pareciera que el orden va de la mano con una fuerza secreta que no se explicita, pero que late detrás y que puede desorganizar y caotizar. Mientras leo y escribo sobre este vértice me es imposible no reparar en la enunciación del escritor de *Coronación*, la cual ya he justificado como un punto válido para considerar como antecedente a la obra que pronto comenzaré a trabajar en detalle. Y me pregunto: si en el mundo imaginario donosiano hay un orden regidor que convive con una fuerza secreta capaz de perturbarlo y que permite transgredir los límites, ¿había así mismo una fuerza secreta operando en el mundo real de José Donoso que lo impulsaba a escribir al filo de los lindes? ¿Podemos adoptar la idea de un secreto potenciador de la desorganización y del caos que nace de su experiencia de vida, de su misma enunciación? En definitiva: ¿Cuál es el secreto insubordinado? Arriesgando error, mi respuesta tentativa sería decir que su propia sexualidad, la cual, como apuntaba en el apartado anterior, se situaba como marginal y conformaba un grupo silenciado habitando una zona desértica, y en su caso, secreta.

### **Los Diarios: ¿el secreto que habla sin decirse?**

La conversación en torno al tema de la homosexualidad de Donoso surgió con mayor fuerza cuando se publicaron sus diarios íntimos, los cuales el escritor ocupó como bitácora de vida durante cuarenta años. En ellos el escritor hace mención del conflicto interno que le provocaba su homosexualidad y se refiere también al temor de que esto saliese a la luz pública opacando su trabajo y resultando en una estigmatización hacia su persona y su rol de artista.

Lo cierto es que aquel material me fue imposible de conseguir, pues se encuentra publicado en archivos de las bibliotecas de la Universidad de Iowa y de la Universidad de Princeton, y su difusión y facilitación ha sido muy restringida. Una de las fuentes que más han ocupado quienes se han encargado de estudiar aquellos diarios es el libro escrito por la hija del escritor de *El jardín de al lado*, Pilar Donoso, quien realizó una biografía de su padre y a la vez, una autobiografía en cuanto a su vida como hija del famoso escritor. Este material se titula, *Correr el tupido velo* y comenzó su creación el año 2006 publicándose tres años más tarde. Muchos de los lectores y críticos del libro afirman que al menos el treinta por

ciento de la composición del texto está conformado por fragmentos y citas de los 64 diarios íntimos y correspondencia de Donoso a su esposa. Lamentablemente, *Correr el tupido velo* tampoco fue posible de conseguir para este trabajo. Sin embargo, sí he podido realizar un acercamiento a este material gracias a las reseñas que de él existen y a los trabajos enfocados a la vida de Donoso que nacen de la escritura de su hija. Uno de esos trabajos es el artículo de Leonidas Morales, *Diario de José Donoso: de la pose y del doble*. En su trabajo Morales ocupa justamente la obra de Pilar para acceder a fragmentos escritos por José Donoso y examinar, de esta forma, las dos aristas que propone su investigación: la pose en la escritura del diario y el doble que aparece como fenómeno psíquico en la subjetividad de Donoso.

Mientras leía este iluminador trabajo recién mencionado me encontré con un concepto que ya había escrito en mi presente informe: el secreto. Morales lo trata, y aunque de modo distinto al que yo lo planteé hace unos momentos, aporta argumentos a mi perspectiva. Justamente el secreto surge al hablar de la pose. ¿Al publicarse un diario íntimo se mantiene de igual forma, y se recepciona de la misma manera, el secreto que constituye el género del diario?, se pregunta Morales. Pareciera que la intimidad y sinceridad no son nunca realmente auténticas, si queremos adjetivarla de alguna forma. Lo anterior lo planteo pensando sobre todo en la siguiente cita que nos muestra Morales del diario de Donoso: “Sé que estos cuadernos no morirán conmigo (...). Esta página —es maravilloso y terrible pensarlo— me sobrevivirá en los sótanos climatizados, antibomba de hidrógeno, donde se guarda, me complace decirlo, justo al lado de los originales de Lewis Carroll, de Alicia en el país de las maravillas (Morales, cit. Pilar Donoso, p 236, sic.).”

De alguna forma, Donoso no se proponía únicamente a sí mismo como lector de su diario (característica principal de aquel tipo de escritura), sino que escribía con la consideración de ser leído posteriormente por otras personas. Este factor, podemos pensar, permeaba en la supuesta sinceridad. Y este es otro punto interesante sobre su enunciación: la sinceridad o carencia de ella. En 1933, Donoso escribió: “No tengo fe en mi capacidad de sinceridad pura y directa” (Morales, cit. Pilar Donoso, p 242). Se muestra en aquella cita que quizá el mismo escritor experimentaba la duda que aquí planteo. Pero luego confiesa: “sí, lo sé, tengo fe en mi capacidad de entregar toda mi sinceridad cifrada en el código de mis libros” (Morales cit. Pilar Donoso, p 243). Esta declaración resulta fundamental para mi propósito



de considerar la enunciación de Donoso a la hora de analizar *El lugar sin límites*. La pose y la sinceridad, por muy antónimos que parezcan, entonces, en Donoso irían de la mano y una en función de la otra. Morales nos brinda la conceptualización de pose que tenía el escritor del boom:

La pose, sinónimo habitual de simulación o inautenticidad, es pues para Donoso la estrategia mediante la cual es posible dar forma a una sinceridad que supere la expresión “pura y directa”, ciega en último término, anárquica, mediante una sinceridad como construcción (o codificación) de verdad (243).

¿Sobre qué aspectos quería sincerarse Donoso? Según los fragmentos que he podido leer de sus diarios, puedo aventurar que dentro de esos aspectos se encontraba el miedo, la inseguridad sobre sí mismo, y su homosexualidad. Este último aspecto es de gran interés para mí y este informe que presento. Su homosexualidad tremendamente reprimida, según las ideas de Morales en su texto ya citado, configuró lo que se ha visto como lo “doble” psicoanalítico en su obra, pues su miedo a que aquel aspecto de su sexualidad fuese sabido y opacara y consumiera todo el resto de su subjetividad lo llevó a la paranoia:

De la misma manera, las páginas del Diario no se restan al registro frecuente de actitudes y pensamientos narcisistas, de sentimientos y actos homosexuales, ni tampoco, como señalaba Rank, al reconocimiento de una incapacidad de amar propiamente a la mujer, empezando por la suya. Pero de este trasfondo biográfico dominado por la paranoia, el foco de nuestro interés crítico se centra en la figura del doble, presente en el Diario de Donoso (aunque también en sus creaciones novelescas) (243).

El periodista Álvaro Matus escribe un artículo en el periódico chileno, *La Tercera* titulado “El infierno sin límites de José Donoso”. Allí podemos encontrar, cuando el periodista trata la homosexualidad nunca asumida del escritor según su biografía, un fragmento de una carta de Donoso a su esposa, con el siguiente mensaje:

Hay cientos de miles de cosas que no he hablado aquí: mi homosexualidad, pasiva y latente e imaginativa en este momento, como una huida al miedo de la entrega total a ti. Pero el miedo a esta entrega total no existiría si no existiera la urgencia y el deseo de esta entrega, que mi neurosis transforma en peligro (Matus, s/p)

Así el escritor mismo se refiere a neurosis, y se espanta, por otro lado –continúa narrando el artículo recién mencionado– cuando va a Princeton y descubre tesis doctorales sobre homosexualidad que lo incluyen a él y su obra: “¡Es increíble que eso sea lo que sacan en limpio solamente, claro que El lugar sin límites se presta para ello! ¡Qué le voy a hacer! A lo hecho, pecho” (Matus, op.cit).

Podemos afirmar, en conclusión, que aquello que José Donoso no podía decir en su vida, lo decía en su obra. Su identidad sexual, y su miedo a esta, puede ser fácilmente postulada como el *secreto* de su diario y de su ser mismo. Y ese secreto, por ende, quedaba encriptado en su obra. Esa familia suya que parecía desintegrarse por diversos motivos, y que rompía la convencionalidad de núcleo familiar parece espejarse en sus novelas; las cuales mayoritariamente se centran en la vida íntima de las personas en una casa, en un pueblo, en un espacio que presenta marginalidades, vulnerabilidad o conflictos en general.

Rodrigo Cánovas, teniendo en cuentas lo anterior, en su ensayo, *(Auto)biografía de Pilar Donoso: Cartas marcadas*, habla sobre el correlato que existe entre algunas obras de José Donoso, como *El lugar sin límites* en especial, con la descripción de una familia disfuncional que presenta Pilar Donoso; una familia conformada por un padre homosexual, una madre alcohólica y una hija adoptada incapaz de sentir pertenencia a aquel grupo.

Develar el secreto requería, para Donoso, pronunciarse desde una *pose*. Y propongo que esa pose se ve en un doble plano: tanto en el enunciado como en la enunciación. Refiriéndome en específico a *El lugar sin límites* –es decir, plano del enunciado –la pose queda manifiesta en cuanto a la máscara, a la performance, en definitiva a lo queer. En lo que refiere a su escritura íntima como registro de su realidad –es decir, la fuente que tenemos para hablar del plano de la enunciación –la pose es una especie de modo, de herramienta para conseguir crear un escenario, una voz que le permita confesar lo que sabía que posteriormente sería de conocimiento público. Con esto último no pienso en un artificio intencionado de parte del autor, sino más bien en una conciencia de que su identidad se edificaba constantemente y que se podía pensar, juzgar, observar en movimiento. Vuelvo a Morales para apuntar, con respecto a esto que menciono, lo siguiente: “Al concepto de pose Donoso le da, en el *Diario*, un campo de validez humana universal: el ser humano, en sí mismo, cada



uno de nosotros, no es, en cada momento, sino una pose, es decir, una identidad como construcción, por naturaleza transitoria” (244).

Y esa pose no estaría desarraigada, como construcción misma, de otras construcciones; no sería llevada a cabo sin la consideración de la situación que rodea las subjetividades. Pues en las novelas de Donoso la máscara que va encima del rostro y este encima de otros rostros adyacentes, está inserta en un mundo hostil hacía las poses que no son convencionales; hacía esas poses que codifican un secreto o un comportamiento transgresor. Un mundo como El Olivo, hogar violento de la Manuela. Un mundo como él de José Donoso mismo; donde era mejor callar y decir solo en el diario, fingiendo la intimidad, fingiendo la privacidad, y con la mira puesta en la muerte que permitiría que su secreto saliese a la luz. Un mundo que condicionaba su sentir pero que a ratos parecía poder encararlo sin sentirse culpable, sucio (como reitera muchas veces en su diario) o avergonzado, tal como podemos percibir al leer una cita de su diario encontrada en el artículo, “José Donoso o el Eros de la homofobia”, de Miguel Ángel Náter, cuando enuncia lo siguiente:

Mi amor por José Miguel, que había estado hecho de escombros o de cosas sin construir, enunciadas por la sombra de un mundo naturalmente hostil a tales cosas... ha vuelto, y no me avergüenzo de él (Náter s/p).

## **Capítulo I**

### **¿Asentemos bases?**

En el presente capítulo deseo realizar un marco teórico que permita más adelante poder pasar de lleno a la aplicación de conceptos. Muchos son los conceptos que surgirán en el presente trabajo (y que seguramente ya han surgido) y no quisiera transformar esta parte de mi escritura en un glosario conceptual o un listado de definiciones. Más bien quisiera dar cuenta de un panorama teórico; de ideas que serán aplicadas en el análisis; las cuales pueden

ser luego vueltas a explicar de alguna otra forma (con otros detalles) en ese otro capítulo del que hago mención. Dicho esto puedo proceder,

### **Preguntémonos primero: ¿Por qué se habla de psicoanálisis y feminismo en un trabajo literario?**

Aunque tengamos una idea preconcebida de qué es la literatura, lo cierto es que aquel concepto abarca más de lo que esa idea a priori nos permite pensar. Hay muchas formas de analizar textos desde nuestra disciplina, incluso aquellos que no son considerados literatura propiamente tal. Por esto es que durante nuestra carrera hemos analizado desde epopeyas griegas, pasando por comedias clásicas españolas, hasta cartas y diarios que Cristóbal Colón escribió al llegar a nuestro continente y terminando, en mi caso, con textos de psicoanálisis y feminismo teórico. Estudiar literatura no es leer poesía mientras la imaginación se echa a volar, como la idea preconcebida suele sugerir; es ir adquiriendo la capacidad de analizar realmente una lectura. Y dentro de aquello, hay diversas formas de acercarse al texto: tomar estos como un discurso es una forma de ellas; y desde allí, libre somos de escoger las herramientas teóricas de distintas disciplinas para escudriñar el discurso.

Teun A. Van Dijk es un lingüista justamente experto en discurso, gramática y teoría literaria. Dentro de sus trabajos se encuentre su texto *Análisis Crítico del Discurso*, el título obedece a un tipo de investigación con el mismo nombre que consiste en estudiar “el modo en que el abuso del poder social, el dominio y la desigualdad son practicados, reproducidos, y ocasionalmente combatidos, por los textos y el habla en el contexto social y político” (23). De esta forma se propone como resistencia a la desigualdad social. Más que de teorías y paradigmas, nos dice Van Dijk, el ACD<sup>4</sup> se ocupa de problemas sociales y asuntos políticos. Es bastante general, y por tanto, proporciona bases para desarrollar distintas directrices de investigación posterior y provee cimientos para comprender relaciones entre discurso, sociedad y poder. Dentro de las preguntas que el ACD se hace, una de las más importantes es: “¿Cómo son capaces los grupos dominantes de establecer, mantener y legitimar su poder, y qué recursos discursivos se despliegan en dicho dominio?” (24). Por esta pregunta afirmo que es el método de investigación que deseo seguir: analizar críticamente el discurso (que en

---

<sup>4</sup> Abreviatura de Análisis Crítico del Discurso que se ocupa en el texto mismo y que será ocupada desde ahora en adelante en el presente trabajo.



mi caso es un corpus literario), pues el aspecto que se mueve detrás de todos los temas que tocaré es, precisamente, el poder. El poder como dominio social, el poder como mecanismo psíquico, el poder como ente formador de subjetividades, el poder como fuerza opresora. Y deseo examinar justamente cómo se mueve en la novela de José Donoso.

Muy pertinentes, entonces, para mi investigación son las principales características del ACD; tales como la convicción de que las relaciones de poder son discursivas, y que aquellos discursos (originados en ideologías) constituyen nuestra cultura y rigen nuestra sociedad históricamente. (24-25) El desplazamiento del discurso en la reproducción del dominio social puede ser estudiada bajo el ACD en casos de conversaciones hasta reportajes periodísticos u otros géneros (como el literario). Los marcos teóricos de este tipo de investigaciones contiene nociones como “poder”, “dominio”, “hegemonía”, “ideología”, “clase”, “género”, “discriminación”, “institución”, “orden social”, “estructura social”, entre otros. Varias de esas serán ocupadas por mí en este desarrollo. Y para llegar a abarcar tales conceptos lo haré justamente desde el psicoanálisis feminista y los postulados de la teoría Queer.

¿Por qué desde el feminismo pretendo realizar un análisis crítico del discurso? Si seguimos los postulados de Colaizzi en *Feminismo y Teoría del Discurso*, entenderemos que el feminismo es justamente teoría del discurso; pues “es una toma de consciencia del carácter discursivo, es decir, histórico político, de lo que llamamos realidad, de su carácter de construcción y producto” (9), pero al estar escudriñando un discurso el feminismo no sólo busca reconocer ese carácter de construcción, sino que identifica los puntos problemas que provocan desigualdad y violencia para generar resistencia del mismo modo que lo busca el ACD. Por tanto, el feminismo, aparte de consciencia del carácter discursivo de nuestros sistemas que conforman lo que conocemos como realidad, es también un ente que hace de motor para el cambio. Dicho nuevamente en palabras de Colaizzi, es:

(...) un intento consciente de participar en el juego político y en el debate epistemológico para determinar una transformación en las estructuras sociales y culturales de la sociedad, hacia la utopía -una utopía indispensable- de un mundo donde exclusión, explotación y opresión no sean el paradigma normativo” (Colaizzi 9)

Hasta este punto espero haber esclarecido en alguna medida la relación entre literatura y el feminismo; señalando el punto en común que tienen: el discurso. De igual manera, espero haber dejado en claro que el análisis crítico del discurso, en consonancia con lo anterior dicho, será la forma en que procederé el desarrollo de mi trabajo.

### **¿Cómo se relacionan psicoanálisis, teoría Queer y Feminismo?**

Ya que no es el fin de mi cometido realizar un informe principalmente teórico, no quisiera tomarme demasiado tiempo en realizar descripciones exhaustivas de psicoanálisis feminista y la teoría Queer; menos aún quiero caer en la empresa de generar una historicidad de ambos campos y sus trabajos, por muy atractiva que me resulte la idea. Por ende, para agilizar este proceso más teórico mi propuesta es realizar un nexo entre los postulados del psicoanálisis feminista y la teoría Queer; haciendo referencia a cómo convergen varios de estos entre sí cuando giran alrededor del feminismo como discurso (tal como lo he explicado en el apartado anterior), siendo este, de esta forma, un eje unificador central.

Parto entonces refiriéndome a aquel eje. Si el feminismo es un discurso, ¿sobre qué realiza su despliegue discursivo? Sobre un sistema en específico: el sistema sexo género. Es de gran importancia tener una concepción clara de qué comprende este sistema. Quien acuña este término por primera vez es Gayle Rubin en *El Tráfico de Mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo*, y para ella este sistema está constituido por “una parte de la vida social que es la sede de la opresión de las mujeres, las minorías sexuales y algunos aspectos de la personalidad humana en los individuos” (97). Aquella parte de la vida social que oprime a las mujeres y disidencias sexuales es —continúa Rubin— un “conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (97). Para esclarecerlo en mayor medida traigo también a este punto la definición que entrega Teresita de Barbieri en *Sobre la categoría de género*, tomando como base, de hecho, la definición recién citada. Para de Barbieri el sistema de sexo género puede explicarse como:

Conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de las especie humana y en general al relacionamiento entre las personas (Barbieri 149-150)



La “realidad” (ocupo esta palabra sabiendo que puede ser peligrosa) sexual anatómico-fisiológica, siguiendo la cita, se interpretaría culturalmente creando de esta forma un sistema que jerarquizaría y pondría en roles específicos a las subjetividades según sus diferencias en aquel aspecto. Apunto en este momento que bien podría haber afirmado que el feminismo despliega un discurso sobre el sistema patriarcal, pero me parece más apropiado utilizar “sistema sexo-género”, pues como varias teóricas han explicado, entre ellas justamente de Barbieri, el concepto sexo-género es más amplio y deja su concepción más abierta a “las existencias de distintas formas de relación entre mujeres y varones, entre lo femenino y lo masculino: dominación masculina, dominación femenina o relaciones igualitarias.” (98) Podríamos entender, entonces, que el patriarcado es una de las formas de sistemas sexo-género.

Este sistema rige las relaciones sociales a través de poderosos dispositivos que requieren, a su vez, encapsularse en discursos. De esta forma hay discursos hegemónicos sobre la sexualidad, la medicina, la psiquiatría, el psicoanálisis, la economía, entre varios campos más. El discurso feminista busca entonces examinar todos esos otros discursos y cuestionarlos. Busca identificar en ellos los imaginarios y las construcciones que han sido creadas por y para el modelo de nuestro sistema sexo-género.

Esto ocurre con el psicoanálisis y la sexualidad. Aunque bien podría omitir esa conjunción gramatical y entender que psicoanálisis y sexualidad son términos que operan de la mano y que pueden estar uno dentro del otro.

El psicoanálisis, como discurso, ha sido interpelado y trabajado por diversas estudiosas mujeres que han traído luz al tema para obtener nuevas perspectivas; perspectivas que se asienten en estudios de género y que consideren las jerarquías que rigen nuestra formas de relaciones sociales en general. Este es el caso de Judith Butler, filósofa post-estructuralista estadounidense que ha realizado importantes contribuciones a los estudios feministas y ha fundado los estudios Queer. Ambos campos apuntan al psicoanálisis y la exploración de la identidad. Por este motivo es que esta escritora es piedra fundamental para mi marco teórico y para mis herramientas de análisis. Sobre sus postulados del psicoanálisis en *Mecanismos psíquicos del poder* es que trabajaré la ambivalencia en el personaje de la Manuela; ambivalencia de una subjetividad cruzada igualmente por sujeción y potencia. Estos

conceptos serán rastreados, por ende, en aquel texto para ser aplicados posteriormente en mi novela escogida.

Por otro lado, y ya que mi hipótesis apunta que la ambivalencia de la Manuela radica en su identidad Queer insertada desafiadamente en un régimen patriarcal opresor, es menester dar cuenta de los conceptos propios de la teoría Queer que ocuparé en el análisis literario venidero. Por esto, aunque Butler como ya he mencionado es vastamente útil para propósitos de estudios de lo Queer, deseo utilizar los postulados de Carlos Fonseca y María Luisa Quinteros en el texto *La Teoría Queer: la de-construcción de las sexualidades periféricas*. En este texto se cuestiona el otro discurso que me compete; el de la sexualidad en cuanto al mando de la heteronormatividad. Se realiza un reconocimiento de la otredad y posteriormente, (y también consecutivamente, podríamos decir), una reapropiación de esta.

A continuación, entonces, daré cuenta del armado teórico de estos dos puntos; psicoanálisis feminista y teoría Queer, ocupando como principalmente herramientas los textos recién mencionados. Cabe decir que muchos conceptos más surgirán y que deberé rastrear en otros autores pero el nudo conceptual que más me interesa es que acabo de presentar.

## PSICOANÁLISIS

### a) El Poder: pujando desde afuera, formando desde adentro

Una de las principales tareas en las que se ha embarcado el psicoanálisis ha sido escudriñar en el funcionamiento de los poderes que operan en la psiquis de los sujetos. El interminable y complejo proceso de subjetivación se va construyendo, ciertamente, en el aparato psíquico pero se ve altamente influenciado por factores externos; como la cultura junto a sus normas y tabúes.

Tal como Judith Butler explica en los *Mecanismos psíquicos del poder*, el poder “es algo que ejerce presión sobre el sujeto desde fuera, algo que subordina, coloca por debajo y relega a un orden inferior.” (12) Pero aunque externo y pujante, también: “*forma* al sujeto, (...)no es solamente algo a lo que nos oponemos, sino también, de manera muy marcada,



algo de lo que dependemos para nuestra existencia” (12). Es internalizado, en definitiva, de forma esencial y “asume una forma psíquica que constituye la identidad del sujeto” (13)

Para los fines de mi trabajo, quisiera mencionar los aspectos trabajados por Butler en la introducción del texto ya citado referente a lo que llama “dilema topológico” (14). Tomando los postulados de Althusser, Butler explica que el sujeto abrazaría ese poder que lo origina, y entonces caemos en la paradoja del sometimiento, porque, ¿cómo podemos hablar de una subjetividad que internaliza el sometimiento si hemos afirmado ya que el sometimiento crea y por tanto antecede a esa subjetividad? No tenemos, entonces, una descripción de la formación del sujeto pero seguimos refiriéndonos a ella como internalizadora de ese poder. Esta figura que intentamos proponer, nos dice Butler provoca “la suspensión de nuestras certezas ontológicas” (14). La figura es en sí misma (a nivel signifiante también entonces) una “vuelta” (14), es especular, performativa, y ejemplificadora del carácter topológico del gesto.

Ya que he traído algunos postulados de Althusser (en escritura de Butler) quisiera proseguir con un ejemplo que, en el mismo texto que vengo citando, se da con respecto al proceso de *assujétissement*<sup>5</sup>. Me refiero a la subordinación fundacional; en este punto estaría de acuerdo también Foucault. Para poner en escena de forma casi literaria esta subordinación, Althusser nos insta a pensar en la “interpelación” de un sujeto que, en la vía pública, tras escuchar un llamado sin destinatario concreto de un policía, se vuelve hacia la voz. Butler nos dice que este ejemplo estaría apuntando a que la subordinación del sujeto se produciría mediante el lenguaje, mediante la voz autoritaria. Volverse a esa voz, sin que haya una razón aparente, sería aceptar y normalizar esa subordinación. Hay una conciencia de la capacidad de ser seres sociales potencialmente culpables, nos explica Butler. Y esto, continúa, constituye una operación específicamente psíquica y social del poder. (16).

## **b) Las normas sociales como fenómeno psíquico.**

---

<sup>5</sup> En Notas sobre la traducción de Mecanismos psíquicos del poder se explica que la palabra francesa “*assujétissement*” (recogida en el uso de Foucault y Althusser) es ocupada sin traducir en algunos momentos del texto, la mayoría de las veces, sin embargo, es traducida por Butler como “*subjection*”, que en la traducción del texto al español nos llega como “*sujeción*”

Hago uso de que recientemente he incorporado a este tema del poder la arista que trata la voz de la autoridad para hablar entonces de los aspectos externos del poder. Me refiero a las normas sociales. Siguiendo a Butler las normas sociales funcionarían como un fenómeno psíquico, que restringe y produce el deseo; y guía también la formación del sujeto, ofreciendo al poder regulador un camino directo e incisivo que maquina tácitamente dentro de lo social (32).

Así como cabía, con respecto al poder, la pregunta por si se trataba de algo exterior o no al sujeto, cabe de igual manera el mismo cuestionamiento aplicado a la internalización de esas normas sociales: “¿La norma está primero ‘fuera’ y luego ingresa a un espacio psíquico preexistente, entendido como un teatro interior de algún tipo” (30), pregunta Butler para luego aclarar que esas normas, que cumplen el rol de sendero para la operación del poder regulador, no son imaginarias debido a su carácter de fenómeno psíquico, ni tampoco al estar internalizadas son el deseo inherente de las subjetividades. No son una fantasía, en definitiva, pues el sujeto queda vulnerable a ese poder (31). Ese discurso que somete y norma, nos dice al comienzo Butler, no lo hemos elegido nosotros como sujetos, pero paradójicamente, “inicia y sustenta nuestra potencia” (12).

### **c) Sujeto escindido: subjetividades ambivalentes**

Ya que he establecido la duplicidad con que opera el poder, no es difícil comprender que de éste nazcan subjetividades escindidas y por tanto ambivalentes. Sobre este aspecto no especificué en el punto anterior para poder desplegarlo en detalle ahora, siguiendo los postulados de Butler en el texto ya citado anteriormente.

Dos polos conformarían al sujeto: potencia y sujeción. El sujeto, de hecho, sería el instrumento de la potencia pero efecto de la subordinación y, esa subordinación se entiende justamente como la privación de la potencia (21). He ahí la paradoja. Si la potencia es y requiere instrumentalmente al sujeto, y el sujeto es el efecto de la subordinación, ¿cómo hacemos para que ambos polos coexistan si parecen, en esencia, ir uno contra el otro? La respuesta pareciera no ser otra que: es que somos ambivalentes.



Butler nos indica que el poder es asumido por el sujeto, y eso constituye su devenir. Hay una especie de apego, por tanto, al sometimiento (22). Muchos han querido ver esto como un “vínculo apasionado”, que sólo provocaría hacer descansar en la subjetividad sujecionada su opresión (17). Pero, ¿cómo el sujeto podría oponerse a su sujeción cuando ésta tiene una doble naturaleza, según Butler?: “la potencia del sujeto pasa ser efecto de su subordinación” (22). Entonces, al negar su subordinación (además de negarse a sí mismo) estaría haciéndola aún más patente, la volvería a invocar y estaría abdicando también de su papel como agente de potencia. Cabe destacar, como lo hace Butler también, que el poder que esa potencia ejercería no es el mismo que el poder que conformaría a la subjetividad en un momento inicial, sino uno discontinuo y nuevo (23). ¿Cómo se toma el poder con tanta ambivalencia? ¿Cómo se logra que funcione?, Butler lo explica de la siguiente manera:

El proceso de asumir el poder no consiste sencillamente en cogerlo de un lado, transferirlo intacto y enseguida convertirlo en propio; el acto de apropiación puede conllevar una modificación tal que el poder asumido o apropiado acabe actuando en contra del poder que hizo posible esa asunción. (Butler 23)

En síntesis, lo que me interesa de esta ambivalencia que nos conforma y constituye como sujetos es la idea de la indispensabilidad de la subordinación para ejercer nuestras potencias. Y si no podemos ejercer nuestra potencia, (o la potencia ejercer en/a través de nuestra subjetividades) no podríamos hacerle frente (sin negarlo) al sometimiento. Es decir y se traduce a: sin la sujeción y su reapropiación, ¿cómo podríamos poner en jaque las normas sociales que utiliza el poder?

Quiero destacar en este punto que, tal como lo presento en la introducción de mi trabajo, mi hipótesis consiste en la propuesta de la Manuela como representante, justamente, de la ambivalencia que causa el poder en las subjetividades, y que este aspecto queda claramente manifestado en su propio ser escindido y también en el carácter escindido de sus relaciones interpersonales. Por esto es que considero necesario dedicarle este apartado específico al tema de la ambivalencia; para así dejar lo más diáfano posible la manera en la que lo concibo pues haré constante referencia a él. Pero, ahora bien, y ya que he traído al asunto la obra de Donoso en cuestión, ¿a qué le hace frente esa potencia de la Manuela? Justamente a unas normas sociales en específico; a las normas de nuestro sistema sexo-

género. La Manuela rompe con la heteronormatividad, situándose así en lo Queer. Con esto estaría entrando a la segunda esfera de mi trabajo; la teoría Queer.

## LO QUEER

### a) El mandato de la heterosexualidad

Partiré de la premisa de que en este trabajo entenderé como “Queer” aquello que no sigue las normas de lo heterosexual ni de lo cisgénero. Es decir, en palabras de Fonseca y Quinteros en *La Teoría Queer*, “sexualidades periféricas” que:

(...) traspasan la frontera de la sexualidad aceptada socialmente: heterosexual, monógama, entre personas de la misma edad y clase, con prácticas sexuales suaves, que rechaza el sadomasoquismo, el intercambio de dinero y el cambio de sexo. (Fonseca y Quinteros 44)

Ahora bien, no podemos hablar de la ruptura de la heteronormatividad sin primero esclarecer qué es la heterosexualidad en sí misma. La heterosexualidad como norma es una característica fundamental del sistema sexo-género que nos rige. Ese sistema sexo-género ya ha sido brevemente definido en la introducción de este trabajo, pero considero apropiado recordar la definición de aquel concepto, esta vez en mayor profundidad. Bajo la concepción de Teresita de Barbieri en *Sobre la categoría de género*, lo podemos definir como:

Conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre las personas. (Barbieri 149-150)

Cuando se rompen esas prácticas se produce el desafío al poder, en este caso al orden patriarcal. Una de las formas de control de nuestro sistema de sexo-género, entonces, es la heteronormatividad. Consecuencia de una concepción binaria y bipolar de la sexualidad (como si no hubiesen espectros entre medio) resulta la heterosexualidad obligada y normativa. Se ha impuesto el deseo por *lo otro*, con fines productivos y reproductivos.

No sólo se delimita, entonces, con la heterosexualidad obligada, las relaciones sexo-afectivas entre hombres y mujeres, sino que se instala todo un sistema socio económico,



donde cada género debe cumplir fielmente su rol para que aquel sistema funcione, tal como menciona Gayle Rubín en *El tráfico de mujeres: notas sobre "la economía política" del sexo*, cuando reflexiona sobre el capitalismo, la opresión femenina y la relación que existe entre ambos aspectos. El género y sus jerarquías, postula, se encargan de ir acorde al modelo capitalista (se produce mano de obra para generar capital y las mismas personas representan un capital intercambiable que genera, a su vez, otros tipos de bienes). Los sistemas de familia, en torno a la heteronorma, generan organizaciones de sistemas sociales. Incursiona Rubin, pensando en esto, en el "sistema de parentesco" de Lévi-Strauss (106), el cual puede variar dependiendo de cada cultura, pero que en la nuestra se basa, sintética y principalmente, en dos tabúes: el del incesto y el de la homosexualidad. El tráfico de mujeres propio del patriarcado, donde las mujeres son objetos intercambiables entre sujetos masculinos (padre-esposo por lo general), preserva y mantiene la estructura socioeconómica capitalista. Por esta razón, si el deseo sexual no va dirigido a ese *otro*, entonces se frustra el tráfico histórico y patriarcal que los hombres realizan, en su papel de sujetos, de las mujeres, en su rol de objeto traficado. Esto, a su vez, rompería la forma de relacionamiento entre hombres y por supuesto, el rol de reproductoras de mujeres, que les dejaba a las identidades masculinas, entonces, la tarea de producción. Con respecto a esto último, cabe señalar que en una sociedad donde el sistema del capital mueve cuerpos y subjetividades en torno a la producción de bienes, las relaciones sexuales han sido delimitadas bajo esa misma óptica: producir. Por esto que las relaciones sexuales entre personas del mismo género irían contra aquella producción (no estarían produciendo más mano de obra). Traigo a este punto, someramente, la idea de Marcuse en *Eros y Civilización* de la "autosublimación de la sexualidad", cuestión que garantizaría la productividad de las prácticas sexuales, basada en dominar los instintos e ir en consonancia a los fines sociales de la civilización (188).

En este punto quisiera introducir los postulados de Monique Wittig en su libro *El pensamiento heterosexual*. En este texto se plantea la heterosexualidad como un discurso opresor: "Los discursos que nos oprimen muy en particular a las lesbianas, mujeres y a los hombres homosexuales dan por sentado que lo que funda la sociedad, cualquier sociedad, es la heterosexualidad" (49). La opresión para Wittig consiste en la imposibilidad de hablar en cualquier término que no esté dentro de la heterosexualidad, ejerciendo una clara tiranía al asentar la prohibición de crear categorías nuevas y propias. (49)

La heterosexualidad como norma y contrato social descansa en la idea de necesitar a un *otro*. Ya hemos afirmado que el sistema sexo género hegemónico acepta solo dos géneros: hombre y mujer, debido a la binariedad que lo constituye. Por tanto, la mujer es lo que el hombre no es, son dos polos que parecen definirse por oposición, como si se tratasen de antonimias. De esta forma, la heterosexualidad consiste en relacionarse con lo que uno/a *no* es. Sobre este punto trata también Wittig en su texto ya citado:

En efecto, la sociedad heterosexual está fundada sobre la necesidad del otro/diferente en todos los niveles. No puede funcionar sin este concepto ni económica, ni simbólica, ni lingüística, ni políticamente. Esta necesidad del otro/diferente es una necesidad ontológica para todo el conglomerado de ciencias y de disciplinas que yo llamo el pensamiento heterosexual (Wittig 53).

Las personas homosexuales estarían renegando de esa necesidad de relacionarse con *lo otro*, estarían yendo contra todo un sistema de relaciones sociales, entonces, no sólo de una sexualidad impuesta. Louise Turcotte Militante, militante lesbiana y feminista señala en el Prólogo de *El pensamiento heterosexual* que:

(...) la afirmación de Wittig pondrá en cuestión un punto fundamental que el feminismo nunca había criticado: la heterosexualidad. No ya concebida como sexualidad, sino como un régimen político. Hasta entonces, el feminismo había considerado el «patriarcado» como un sistema ideológico basado en la dominación de la clase de los hombres sobre la clase de las mujeres. Pero las categorías mismas de «hombre» y «mujer» no habían sido cuestionadas (Turcotte 10).

Al no cumplir el mandato de la heterosexualidad las subjetividades no sólo estarían transgrediendo, por tanto, la dirección de su deseo, sino que normas establecidas en cuanto a la identidad de género. Siguiendo a Turcotte la existencia de las lesbianas (y así mismo podríamos aplicar a otras identidades homosexuales o disidentes en general) podría ser percibida, a causa de lo recién mencionado, como una falla en el sistema de categorías binarias, pues mujeres lesbianas existirían y funcionarían solo por y para otras mujeres, desligándose de la categoría de los hombres, y ya hemos establecido que ambas categorías funciona en oposición directa una de la otra (11).

## **b) El castigo del borde precario y su reapropiación**



Al abandonar el sendero que la norma sexual ha trazado, las sexualidades periféricas quedan, o más bien son dejadas, en un estado precario; al *borde* de las normas que efectivamente resistieron pero también desprovistas de la protección del poder que utiliza y crea esas normas. Para dejar en claro el concepto, uso la idea de precariedad trabajada por Butler en *Performatividad, precariedad y políticas sexuales*:

(...) “precariedad” determina aquello que políticamente induce una condición en la que cierta parte de las poblaciones sufren de la carencia de redes de soporte social y económico, quedando marginalmente expuestas al daño, la violencia y la muerte (Butler 322).

Por esto es que podemos considerar precarias a poblaciones que padecen enfermedades, hambre, marginación y violencia, pero también a personas dedicadas al trabajo sexual, mujeres, disidencias sexuales, y otros grupos, pues están “arbitrariamente sujetas a la violencia de estado, así como a otras formas de agresión no provocadas por los Estados pero contra las cuales estos no ofrecen una protección adecuada” (323).

Considerando todo lo anterior, reapropiarse de la precariedad es un acto que podríamos pensar como “potencia” en términos de Butler, pues no se ignora el poder que oprime, no se reniega de la sujeción experimentada, sino que se toma como propia y se utiliza como un poder transformador, como una herramienta de agentividad. Para que sea posible esa reapropiación se necesita, entonces, situarse con propiedad y consciencia en el papel de la otredad y habitar el *borde* para desde allí generar una revuelta al sistema que oprime.

Ya he mencionado y ocupado lo planteado en el texto *La Teoría Queer* de Fonseca y Quinteros para referir a lo que se propone en la teoría que trata lo Queer, y a continuación nuevamente me apoyaré en aquellos postulados para aclarar concepciones de lo que se ha denominado como Queer y la acción que desde aquella categoría se puede realizar en forma de la revuelta que mencionaba recién.

En cuanto a su etimología, los autores recién mencionados nos dicen lo siguiente:

La palabra inglesa queer tiene varias acepciones. Como sustantivo significa “maricón”, “homosexual”, “gay”; se ha utilizado de forma peyorativa en relación con la sexualidad, designando la falta de decoro y la anormalidad de las orientaciones lesbianas y

homosexuales. El verbo transitivo *queer* expresa el concepto de “desestabilizar”, “perturbar”, “jorobar”; por lo tanto, las prácticas *queer* se apoyan en la noción de desestabilizar normas que están aparentemente fijas. El adjetivo *queer* significa “raro”, “torcido”, “extraño” (Fonseca y Quinteros 45).

La denominación que se utilizó con claras intenciones de insultar y/o discriminar a las disidencias sexuales fue retomada por éstas mismas para auto referirse y autonombrarse, pero enunciando la denominación con orgullo. Accionando con intenciones políticas y claras la “perturbación” que se les asignó al ser consideradas justamente perturbadores de una norma, de una “normalidad”. Y precisamente esto es lo que se propone la teoría *Queer*: “cambiar el sentido de la injuria para convertirla en un motivo de estudio, e incluso de orgullo” (44). En síntesis la teoría *Queer* es una respuesta a la marginación, convirtiendo “el ser diferente” en una categoría de análisis, para poder realizar un acto de reivindicación y denuncia (44). No solo en cuanto a disidencias sexuales actúa esta teoría, sino que, tal como lo expresan Fonseca y Quinteros, incluye a otros colectivos invisibilizados como mujeres, negros, pobres, musulmanes, entre otros; en el fondo, todas las identidades que no caben en el discurso que generalmente se ha elaborado desde “personas de género masculino, de raza blanca, de preferencia heterosexual, de clase media y de religión cristiana” (44).

### **c) La performance del género y la performance sancionada de lo *Queer*.**

Si bien me he desplegado bastante en el punto del sistema sexo-género y su definición, no había llegado hasta este momento la instancia de hablar sólo del género como acto. Es fundamental tocar esta arista que se abre ahora pues lo *Queer* transgrede esa forma de realizar el acto.

Butler en *Actos performativos y constitución de género*, plantea que el género es en realidad pura performance (298). Es decir, no habría una *real* identidad, algo así como una esencia en sí, habitando bajo el cuerpo que adopta un género y todas las prácticas sociales que aquello significa. Sabemos que el género no es biológico pero tampoco trascendería o se distanciaría mucho más allá del mero cuerpo y la estampa social que en él se hace: “(...) es claramente una desafortunada gramática el decir que hay un “nosotros” o un “yo” que hace



su cuerpo, como si una práctica descorporeizada procediera y gobernara un exterior corporeizado.” (299). Así el género sería justamente un acto imitativo y repetitivo.

Si todes tenemos un género, todes realizamos una performance. Una subjetividad que siga la hetero/cis norma también se inviste de un rol y realiza un acto, de hecho, con gran esmero, pues tal como afirma Foucault en *Tecnologías del yo* la “conducta sexual”, dentro de todas las otras que un sistema sociocultural nos puede imponer, pareciera ser más rígida y poseer mayor sanción ante su incumplimiento, pues se encontraría “sometida a reglas muy estrictas de secreto, decencia y modestia” (46)

El asunto se volvería problemático para el mandato de la heteronormatividad cuando esa performance rompe justamente lo dictaminado por el sistema sexo-género que ya he explicado anteriormente. Es decir, cuando la performance irrumpe con la binariedad y con la correspondencia que se ha impuesto entre la anatomía y ciertas prácticas, tales como la expresión de género y la orientación sexual. Por ende, cuando se entra en lo Queer.

Hasta aquí he dado cuenta de dos nudos conceptuales: el poder y la ambivalencia de las subjetividades en cuanto a la esfera de psicoanálisis feminista y la perturbación al mando de la heteronorma en cuanto a la esfera de lo Queer.

## **CAPÍTULO II:**

### **ANÁLISIS DE *EL LUGAR SIN LÍMITES***

#### **Retomando**

Todas las bases que he asentado hasta este punto son de vital importancia para proceder en el presente análisis de manera más fluida y con las nociones de los conceptos ya definidos y claros. Esto permitirá que con la correcta aplicación de mi marco teórico pueda llevar a cabo mis objetivos e intentar demostrar mi hipótesis. Respecto a esto, considero apropiado recordar estos puntos a continuación y antes de entrar en el argumento del texto:

Pregunta de investigación:

- ¿Cómo funciona esa ambivalencia que identifico en el personaje de la Manuela en su círculo social?

Objetivo general:

- Examinar el funcionamiento de la identidad queer de la Manuela en cuanto a sus relaciones interpersonales y el efecto que se desprende ellas.

Objetivos específicos:

- Analizar los postulados de Butler acerca del sujeto escindido y aplicarlo al personaje en cuestión.



- Revisar los principales puntos de la Teoría Queer y examinar cómo estos operan en *El lugar sin límites*
- Identificar el pueblo El Olivo como un ejemplo y materialización del poder y su funcionalidad en las subjetividades; identificando como forma de poder el patriarcado que lleva Don Alejo.

Cabe mencionar que cada uno de los objetivos específicos ya ha sido cumplido en parcialidad, ya que la parte de revisión teórica que los conforma ya ha sido realizada en el Capítulo I de este trabajo, por lo que resta ahora proceder a realizar la parte de aplicación.

Hipótesis:

-La ambivalencia de la Manuela radica y funciona en cuanto a su subjetividad escindida al ser sujeto de sujeción y potencia a causa de su identidad Queer insertada de manera desafiante frente al régimen heteronormativo que constituye su círculo social.

Ya habiendo recordado estos importantes puntos para el desarrollo de mi análisis procedo a escharbar en la obra en cuestión.

### **Limitando con El Olivo: Los poderes de un sistema patriarcal.**

Ya que uno de mis objetivos específicos radica en vincular el pueblo El Olivo con una materialización del poder, y examinar cómo aquel poder se expresa en un patriarcado personificado por Don Alejo, es necesario dedicar un apartado a aquella localidad y su alcalde.

El mundo que encierra a estos personajes donosianos está aislado de la modernidad. No hay tren que entre ni que salga para efectuar la conectividad con las ciudades que parecen vivir en un futuro en comparación a El Olivo, lugar que ha sido olvidado, como un pueblo fantasma, por la globalización. Esto se ve ejemplificado en la falta de electricidad; la corriente eléctrica podría ser el camino que llevara a El Olivo a unirse a toda la modernidad exterior pero siempre resulta negada e impedida. ¿Quién querría ir a un pueblo donde ni

siquiera hay luz? Más aún y tal como la<sup>6</sup> Japonesita lo expresa tantas veces: no hay calor para abrigarse o consolarse. Consideremos, además, que el punto social más importante dentro de la pequeña localidad, es el burdel; así queda demostrado cuando incluso funciona como principal centro de operaciones para la candidatura de Don Alejo. Ese centro social también se ve afectado por la carencia y la pobreza. ¿Cómo funciona un prostíbulo sin electricidad para equipos musicales, sin luz para ver, sin calor para burlar el frío, y peor aún; sin gente que asista y nuevas prostitutas que “sirvan”?

En ese margen que parece significar el pueblo, quedan encerrados los sujetos que lo habitan. Pero los límites no los pone solo ese territorio sin líneas hacia afuera, sino también que los poderes que rigen el funcionamiento social del interior.

El único lugar de El Olivo que logra escapar de la decadencia es el fundo de Don Alejo. Es importante mencionar y describir someramente este espacio pues representa, junto a su dueño, el poder del pueblo. Desde aquel lugar nacen los límites; físicamente hablando, luego del camino de palmeras que hace de puente majestuoso a la gloriosa casa grande, se erigen los alambrados que separan a la familia del alcalde del resto de los habitantes del pueblo; se establece entonces la línea que divide a los sujetos privilegiados y a los “otros”. Semióticamente hablando, entonces, justo donde se encuentra el alambrado, nace la otredad

Para Rodrigo Cánovas, en *Una relectura de El lugar sin límites*, El Olivo puede ser leído como un infierno. Ahí vagan condenados los personajes, con la mirada atenta a los atisbos de pedazos de cielo; como podría representar la localidad de Talca (88).

Lo único que parece funcionar en aquel lugar agonizante es, entonces, el poder; manifestado en un orden sustentado en un patriarcado claro. Aquel orden se evidencia sobre todo en el sistema socioeconómico del pueblo. Tal como desde el fundo nacen caminos hacia los sectores populares (más bien marginales), nacen desde los dedos de Don Alejo, de igual forma, hilos que llegan a todos quienes no poseen su poder.

---

<sup>6</sup> Al igual como con el personaje principal, mantengo el artículo (*la*) que se ocupa en la novela para acompañar el nombre Japonesita. De igual modo haré con el personaje llamado Japonesa. Esto para respetar la forma de enunciarlas que se utiliza en la narración



Alejandro Cruz es, sin lugar a dudas, el patriarca por excelencia. Gobierna sobre el capital, sobre los bienes producidos por sus vasallos, sobre la mano de obra, y también sobre las subjetividades. De él dependen las esperanzas. Sus súbditos giran la cabeza hacia su figura para saber si conviene seguir alimentado sus sueños de alcanzar una vida mejor o si es más sensato dejarlos morir junto al pueblo que, pese a las promesas de grandeza de su alcalde, parece venirse definitivamente abajo.

Recordemos que hablar del hombre patriarcal es hablar del hombre capitalista (existente desde épocas muy antiguas y desde sistemas culturales muy arcaicos también) que se mueve en un sistema económico en torno a la ganancia de la producción; es hablar de trabajadores que generan capital en su rol de mano de obra, es hablar de los cuerpos de esos trabajadores (y el de las familias de estos) traficados y vistos como números, como valores que se pueden cambiar. Traigo las palabras de Teresita de Barbieri en su texto *Sobre la categoría de género*, que nos habla de esta relación:

Una de las primeras propuestas identificó la subordinación femenina como producto del ordenamiento patriarcal, tomando la categoría patriarcado de Max Weber, como lo dice claramente Kate Millet. (...) Los varones de la actualidad tendrían pocas diferencias con los padres que disponían de la vida y de la muerte de hijos, esclavos y rebaños. Es ése el ordenamiento social a destruir para liberar a las mujeres, que sería a la población femenina lo que el capitalismo a la clase obrera (Barbieri 147).

La figura de Don Alejo al principio de la obra se nos muestra ambigua. Al comienzo se presenta como una especie de figura compasiva y heroica, tal como lo expresa la voz de La Manuela:

La Manuela suspiró. Tanta plata. Y tanto poder (...) Y tan bueno don Alejo. ¿Qué sería de la gente de la Estación sin él? Andaban diciendo por ahí que ahora sí que era cierto que el caballero iba a conseguir que pusieran luz eléctrica en el pueblo. Tan alegre y nada de fijado, siendo senador y todo. No como otros, que se les ocurría que por tener la voz ronca y pelo en el pecho tenían derecho a insultarla a una. ¿Y cómo don Alejandro, que era tan hombre? (10 Donoso)

Sin embargo, luego vamos advirtiendo su avaricia; así lo arrojan algunos personajes al sospechar del deseo que este tiene de comprar todas las casas del pueblo a fuerza de que

los habitantes abandonen el lugar al no tener posibilidades de electricidad (61). En reiteradas ocasiones esa percepción y opinión ambigua que podemos experimentar como lectores hacia este personaje está altamente influenciada porque los otros personajes parecen también moverse con ambigüedad frente a su alcalde. Parecen tener internalizado el comportamiento indiferente y mezquino que su autoridad puede tener. En este sentido quisiera pensar en lo expresado en el marco teórico de mi trabajo respecto al poder operando en normas sociales. La palabra de Don Alejo es la norma, y el poder efectuándose en su mandato pareciera no ser cuestionado, sino acatado. De igual forma, el lugar de subordinados y dependientes a él es adoptado con bastante naturalidad por la constelación de subjetividades que lo rodean.

Su poder adquisitivo lo ubica como el padre proveedor de todos; que puede otorgar y quitar, pues tal como le recuerda a Pancho a raíz de su deuda; él, al ser la personificación del poder, lo mueve todo: “Y mira, está bueno que lo sepas aunque cualquiera que fuera menos tonto que tú ya lo sabría: tengo muchos hilos en mi mano. Cuidado” (22).

Al ser el ojo que todo lo ve y lo supervisa, tiene la facultad de reprimir ciertas agresiones por partes de habitantes del pueblo, y por esto a veces lo podemos leer como el salvavidas de Manuela frente a la homofobia de Pancho: “Me contaron que andas hablando de la Manuela por ahí, que se la tienes jurada o qué sé yo qué. Que no sepa yo que te has ido a meter donde la Japonesita a molestar a esa gente, que es gente buena. Ya sabes” (25). No obstante, “gente buena” parece tener un criterio más bien utilitario para el alcalde. Según mi lectura, cuando ya no necesita más el funcionamiento del prostíbulo como centro social sino que por el contrario, cuando este le significa más bien un impedimento para poder deshacer todo el pueblo y luego rehacerlo en forma de viñas (propósito económico), es que esa protección que le otorgaba a Manuela y Japonesita ya no está justificada. Por esto, propongo, es que al final de la novela Manuela muere justo pasando el alambrado; justo donde se separan las esferas sociales; muere esperando la aparición de quien se había comportado como su salvador. Pero este no llega, porque ya no hay salvación para la Manuela ni espacio para que habite con su género disruptivo, que causa en otras subjetividades lo que vemos, por ejemplo, con Pancho. De esta forma, tal como lo dejaba puesto sobre la mesa la Japonesa en la fiesta de triunfo del alcalde, tener a Don Alejo, es decir, al poder, como amigo, era la forma de sobrellevar el infierno que podría representar El Olivo:



Le caíste bien al futre, niña. Eso se nota de lejos. No, no hay nadie como don Alejo, es único. Aquí en el pueblo es como Dios. Hace lo que quiere. Todos le tienen miedo. ¿No ves que es dueño de todas las viñas, de todas, hasta donde se alcanza a ver? Y es tan bueno que cuando alguien lo ofende, como éste que te estuvo molestando, después se olvida y los perdona. (Donoso 45)

Es como un Dios, entonces, que gobierna patriarcalmente sobre todos; tanto hombre como mujeres, pues controla todo el sistema en su papel de encarnación del poder.

### **La Manuela: indeterminación y performance**

Uno de los aspectos que más capta mi atención las ocasiones que examino al personaje de la Manuela es la incapacidad de clasificarlo. Sabemos que, biológicamente hablando, su anatomía corresponde al de un hombre. Pero sabemos, también, que a la hora de enunciar esa corporeidad biológica se aleja del imaginario masculino convencional. Sin embargo, esa enunciación de su “verdadera” identidad no alcanza a proclamar su feminidad de manera permanente, sino circunstancialmente. No obstante, aunque sea sólo por momentos, tenemos su enunciación como mujer, y también su adopción de una performance asociada directamente con la feminidad.

Quisiera partir ejemplificando todo lo anterior con un aspecto que propongo leer semióticamente. Me refiero al vestido de española de la Manuela. Me parecería adecuado concebir el traje como su identidad de género. Pero al ser ropaje, solo es usado en ocasiones, sobre todo considerando que está roto. Aplico entonces lo desarrollado en el apartado sobre lo Queer y el género performativo que nos plantea Butler. Sería, por tanto, el vestido, una manera muy visual de hacernos ver esa identidad performativa. Porque al ocupar esa ropa normada como femenina, la Manuela entra a la feminidad, sintiéndose incluso más mujer que identidades femeninas respaldadas, por la catalogación biológica de sus cuerpos, como mujeres:

Esas no son mujeres. Ella va a demostrarles quién es mujer y cómo se es mujer. Se quita la camisa y la dobla sobre el tramo de la escalera. (...) También se quita los pantalones, y queda desnudo en el gallinero, con los brazos cruzados sobre el pecho y eso tan extraño

colgándole. Se pone el vestido de española por encima de la cabeza y los faldones caen a su alrededor como un baño de tibieza porque nada puede abrirla como estos metros y metros de fatigada percala colorada. Se entalla el vestido (Donoso 66).

Es el cambio de identidad, lo que ocurre en esta cita, en su estado más explícito. Cuando se entalla el vestido se siente mujer, la más mujer de todas, de hecho, porque justamente exagera la performance asignada socioculturalmente a la feminidad. Es decir, la performance vale y basta para investirse de un género en específico.

Sobre esto, Bárbara Gonzales en su texto *Reverso, espejos y mundos: El lugar sin límites de José Donoso*, nos dice lo siguiente: “El vestido de española es la máscara a través de la cual acalla los convencionalismos y lucha contra ellos de manera inconsciente. En él esconde su sexo y da rienda suelta al mundo inverso: el de él / ella visto como una verdadera mujer.” (s/p). Apunto la paradoja que esta cita deja solapada: si bien el vestido de española acallaría los convencionalismos y se enfrentaría a ellos, es justamente un modo proporcionado por el poder. La feminidad convencional, pensando en el usar un vestido, accesorios, bailar con coquetería y pomposidad, que como ya he establecido en el marco teórico es una performance en sí, aunque sea la performance propuesta por las normas hegemónicas, se usa aquí como método de enfrentamiento. Se desafía el poder con los mismos dictámenes del poder. La Manuela ocupa una performance bastante convencionalidad de la feminidad pero al ser una identidad Queer, al no haber la correspondencia que se ha exigido por el sistema sexo-género, entre su performance y su fisioanatomía, entonces se vuelve un acto de revuelta. En este vértice ya asoma el tema de la ambivalencia de Butler que he desarrollado en el capítulo anterior.

Ya que trato el punto del vestido de española como materialidad de su identidad de género, quisiera mencionar que otros aspectos confluyen en la constitución de su género y de su identidad en general. El vestido del que hablamos no es cualquier vestido, es un traje de española y más aún; es un traje de baile. Con él puede realizar su performance, como mencionaba, pero la performance es más que solo vestir toda esa tela pomposa, es dejar que el cuerpo viva dentro del género; en ambos sentidos de “género, podríamos decir. Hay una teatralidad en su performance, por tanto; pues requiere de una vestimenta específica para que en El Olivo su identidad sea de alguna u otra forma aceptada. La aceptación es limitada y



confinada a un acto, a un espectáculo, a un prostíbulo decadente, a estar vulnerable a los ataques homofóbicos de hombres que de un momento a otro dejan de percibir esa teatralidad como graciosa. Respecto a esto, podemos pensar en la idea del carnaval. Raul García en su texto *La carnavalización del mundo como crítica: risa, acción política y subjetividad en la vida social y en el hablar*, nos entrega la concepción de carnaval asociada a “la alegría ruidosa, comunión social y diversión porque está abierto al disfrute de todos y todas y al uso de disfraces y ornamentos de colorido diverso y carácter lúdico” (122). Dentro de esto, la música, el baile y las actuaciones son el pilar fundamental para una “supresión momentánea de las reglas de las vidas cotidianas” (122). Esta imagen nos puede remontar de inmediato al prostíbulo de la Japonesa; donde se celebraban carnavalescamente ocasiones especiales, como el triunfo electoral del alcalde, y donde, como dice la cita, se hace una pausa de la cotidianidad.

Pero el carnaval no sería algo tan superficial e inofensivo como podría parecer en una primera impresión. García toma en consideración los estudios de Bajtín para afirmar que esta “cultura popular de la risa” sería una “una resistencia a los valores culturales de clase dominante, a la verdad o ideología de Estado” (122). La forma de ejercer esa resistencia al orden sería con los cuerpos festivos que transitan a un mundo al revés, continúa García, y en ese sentido podemos proponer que la Manuela es justamente el carnaval. Conviniendo en que El Olivo es el orden y la Manuela la subjetividad que lo caotiza, es fácil pensar que su performance de género significa para el entorno una instancia carnavalesca. La Manuela al ir en contra de la performance de género masculina (que le correspondería pro la asignación genital que hace nuestro sistema sexo-género) y en cambio, realizar actos repetitivos que conformarían su género femenino, estaría dando vueltas las normas y rompiéndolas, e incluso parodiándolas. Todo esto es una forma de desobedecer a la hegemonía. Pues rompe los valores ideológicos dominantes. Y lo hace con ritos, como es propio de los carnavales. En esos ritos no participa sola porque como apunta García en su texto ya citado, la praxis de los rituales se ejecuta en colectividad, con actores y espectadores. Sin el público varonil del prostíbulo la Manuela no tendría posibilidad de ejercer su carnaval, su baile de española, y por ende, su propia identidad. Rara vez el carnaval tendrá praxis que se vinculen a actos cotidianos, subordinados y normados. Por el contrario, dice García: “el carnaval implica una serie de profanaciones, sacrilegios o rebajamientos y obscenidades vinculados a la intuición

de una fuerza generadora de la tierra y el cuerpo” (123). Así se percibe a la Manuela; así se le considera en su círculo. Nadie le entiende como una mujer sin peros y sin miramientos. Su personalidad Queer sí es tema, es definitivamente un conflicto. Su baile sí es sacrílego, obsceno y generador de una corporalidad. Y si no se le considerara de aquella forma, no podría ser carnaval, y sin carnaval, ¿cómo podría ser la Manuela? ¿Cómo podría quitarse los pantalones y poner las plumas? Si bien ya sabemos que el género siempre es performativo, la performance de la Manuela no está normada en su corporalidad biológica y lo Queer socialmente se percibe como teatralidad. Este, me parece, es un vínculo interesante entre género, identidad Queer y carnaval. Sobre todo si pensamos que el Carnaval es protagonizado por los márgenes sociales (otredades) y ya en el marco teórico de este trabajo hemos convenido en que las subjetividades Queer son una otredad precarizada.

Ahora bien, el carnaval, así como la Manuela misma, es ambivalente. Por un lado, como ya se ha expresado, produce un desafío al orden pero se enuncia desde ese mismo ámbito. Cuando el carnaval se instaura en un pueblo, como ocurre en El Olivo es porque el poder lo ha permitido, en este caso Don Alejo. No se logra romper del todo el dialogismo dominante. Es paradójico, afirma García, pues el carnaval logra una “especie de ficción revolucionaria, donde la hegemonía —el conjunto de voces y posiciones entronizadas— no está en peligro real de ser derrocada por ese movimiento social” (123). Ejemplo de esto es la muerte misma de la Manuela, que cruza los límites y ya no hay carnaval que la ampare.

Ahora bien, volviendo al vestido en particular, no es aleatorio que esté desgarrado (y sobre todo, por las manos de Pancho). Si hemos establecido que el vestido es la identidad de género, podemos decir que su performance queda impedida; específicamente impedida por la ruptura que causó Pancho y que se podría solucionar si la Manuela tuviera hilos para coser el agujero, pero no los tiene. Quien sí posee todos los hilos de esa localidad, ya dijimos más arriba, es Don Alejo. Propongo leer esto como una señal de que Don Alejo, como representante del poder y sus normas, tiene la facultad de hacer válida la performance de género de la Manuela. Y al parecer, no habría validación final. Sólo hay permiso temporal y condicional para el carnaval, como hemos dicho, pues ese pequeño punto de acceso a al mundo al revés y distendido le es útil para sus fines de adquirir poder. Símbolo de desprotección y abandono por parte del alcalde puede ser la escena final, donde su vestido se engancha en el alambrado,



siendo el alambrado la división física de las esferas sociales, la entrada a las dependencias del poder. Manuela logra entrar, apenas, a esas dependencias pero sin su vestido y allí, además, muere.

La Manuela parece ser plenamente consciente de que su expresión de género perturba, tal como lo examiné a la hora de hablar del género en relación a la teoría Queer. Respecto a esto, el personaje a veces parece quedar, en palabras ya desarrolladas de Butler, atado en un “vínculo apasionado” con el sometimiento que le afecta a causa de la perturbación que causa. Presento como ejemplo más claro de esto, su atracción por Pancho y el amor que sintió por Don Alejo. Ambos hombres que impiden el libre despliegue de su subjetividad. Ya lo he tratado con Don Alejo y enseguida lo haré con Pancho, pero sigo momentáneamente con este aparente apego a la sujeción que podríamos detectar en Manuela.

La Manuela danza entre dos polos, juega y desafía la binariedad, por lo que es, seguramente, de todos los personajes de *El lugar sin límite*, el sujeto más precario, si pensamos el término bajo los planteamientos de Butler en *Precariedad, performatividad y políticas sexuales*; pues se encuentra desprotegida<sup>7</sup> por los poderes institucionales y por el sistema sociocultural que el patriarcado conlleva. Y ese sistema, como ya mencioné encarna en la figura de Don Alejo, hombre que le enamora: “No recordaba haber amado nunca tanto a un hombre como en este momento estaba amando al diputado don Alejandro Cruz. Tan caballero él. Tan suave, cuando quería serlo” (47) piensa Manuela en la fiesta donde conoce al alcalde por primera vez.

Similar ocurre con Pacho, que viene a representar la agresión más fáctica y física originada por el rechazo a la sexualidad de la Manuela y también, menciono de paso, por una pulsión homosexual reprimida de su parte. Siente una extraña atracción hacia él; desea aquella brutalidad y aquella agresión. En cierto sentido esto podría estar sustentada en la siguiente idea: al ser objeto de deseo de Pancho, quien desarrolla el papel de macho tradicional y convencional, se afirmaría entonces como mujer, pues adoptaría el lugar de una subjetividad femenina deseada, en una relación heterosexual, por un hombre. Por esto mismo, su performance va muchas veces y dirigida hacia él, motivada por él: “Era una lástima que

---

<sup>7</sup> Al referirme a la Manuela ocuparé el género gramatical neutro “e” para respetar esa indeterminación de su identidad.

todos esos bocinazos fueran sólo sueño... ¿Para qué iba a remendar entonces su vestido colorado? Se desenrolló el hilo del dedo” (15). Pero también podría, esta ineludible atracción hacia su agresor, un deseo hacia/por la perturbación que causa en Pancho y su heteronormatividad. Frente a él puede “jorobar”, como veníamos diciendo, puede desafiar la sujeción justamente actuando con la potencialidad que le entrega su subordinación (su identidad Queer). Puede ser, entonces, ambivalente.

No sólo en la escisión de su ser se manifiesta el vaivén que realiza Manuela entre sujeción y potencia, entre lo claro y lo difuso; sino que también en sus relaciones interpersonales, las cuales tienden a desarrollarse justamente de forma ambigua y con asimetrías que se retuercen y revierten de una subjetividad a la otra. A parte de jugar con el poder, juega también Manuela a poner en cuestionamiento la identidad misma de los demás, como si su indeterminación y ondulancia fuesen contagiosas. Recuerdo, a propósito, que examinar el funcionamiento de sus relaciones interpersonales de este personaje con el círculo social que le rodea es el objetivo principal de este trabajo. Respecto a esa dinámica interpersonal, quisiera mencionar que podríamos pensar a la Manuela como un personaje que representa una puesta en abismo para otros pues ella misma está compuesta de éstos. Según Helena Beristáin en *Enclaves, encastrés, traslapes, dilataciones (la seducción de los abismo,)* el abismo en las estructuras literarias consistiría en la ilusión de generar otros espacios, en los cuales está explícito e implícito una mirada que mira, o un espejo, o un juego de perspectivas (241). Propongo pensarlo como un espejo delante de otro espejo que hace un camino de infinitos espejos hacia adentro, o como muñecas rusas. El que los espacios generados se den de forma un tanto espejadas significa, nos dice Beristáin, que hay cierto grado de mimetismo en esa puesta en abismo. (242). Así mismo podemos pensar a la Manuela. Cuando se posiciona frente a otra subjetividad produce otros espacios, produce un cambio porque ella es un espejo que refleja transgresión. Dentro de ella y su identidad Queer hay tantos aspectos ambiguos, y con duplicidad de valor, que genera diversas dinámicas y ángulos en los seres que la rodean. Por este es que genera incluso distintas voces narrativas que se refieren a ella; con distintas focalizaciones, con distintos géneros gramaticales. Su máscara teatral y de carnaval provoca que caigan capas de máscaras, que se pretendían caras reales, a su alrededor. Cuando se le mira y se actúa alrededor de ella, como eje central, se produce el abismo en las demás identidades.



Ese efecto particular que causa la Manuela en los demás habitantes del pueblo en decadencia, sucedería marcadamente con tres personajes en específico, según mi lectura: la Japonesa, la Japonesita y Pancho. Por lo que a continuación dedicaré a cada uno de éstos un momento de análisis para desprender no sólo la repercusión de esa ambigüedad y ambivalencia a causa de su identidad Queer, sino que también para dar lugar a examinar las consecuencias que le trae esta cualidad a La Manuela en sí misma.

**La Japonesa hace su apuesta: “Yo puedo calentar a la Manuela por muy maricón que sea”**

Todo lo relacionado con la Manuela parece tener tinte ambiguo, ambivalente, doble. Ocurre con la relación con su hija, con el erotismo y a la vez desagrado que despierta en los hombres que acuden al prostíbulo; y con el trato de las mujeres que lo rodean. Me parece que el momento de mayor ambigüedad durante la obra es el encuentro sexual que mantiene con la Japonesa. Cabe mencionar en este punto, que si consideramos la subjetividad de la Manuela, por un momento, como femenina, en la escena de la apuesta de Don Alejo podemos ver claramente los postulados de *El tráfico de las mujeres* de Gayle Rubin; donde se nos plantea que las mujeres son lo que se trafica y se mueve, y el hombre es el sujeto que produce el intercambio, ya que sin la figura de Don Alejo; es decir, sin la figura masculina de por medio, seguramente, el encuentro entre la Japonesa y la Manuela nunca hubiera ocurrido. Recordemos que Don Alejo propicia la instancia al desafiar a la Japonesa de no ser capaz de efectuar el acto sexual con la Manuela, es decir, de seducirle, El desafío se vuelve rápidamente una apuesta pues involucra la ganancia del prostíbulo para la Japonesa; hay un bien que se intercambia. Es menester al hablar de este episodio que tanto arroja en cuanto al tráfico en esta relación triangular y jerárquica (con Don Alejo en el vértice superior siempre). Éste puede leer desde dos perspectivas debido a la ambigüedad que constituyen a los personajes.

En una primera lectura se puede entender que el alcalde direcciona a la Japonesa hacia otra feminidad (incluso, hacia otra mujer, si aceptamos la lectura de Manuela como identidad femenina) por lo que se rompería el fin y objetivo con el cual el tráfico de mujeres se efectúa, según nos dice Rubin, pues no iría un sujeto masculino hacia otro masculino también.

La segunda opción de entender la transacción que hace Don Alejo es verla, justamente, como una forma de perpetuar la heteronormatividad. Por el contrario de la visión que se puede obtener de lo planteado en el párrafo anterior, se puede también aplicar la perspectiva de que el alcalde decide ignorar la identidad de Manuela como sujeto no cisgénero y no heterosexual, procediendo a imponer, de alguna forma, la relación heterosexual entre un hombre y una mujer (categorizándolos según su anatomía). Visto desde esta forma, sí se traspasaría una identidad femenina (la Japonesa) entre dos masculinidades. La posibilidad de hacer estas dos lecturas radica en la ambigüedad que posee, justamente, la clasificación identitaria de La Manuela. Y al cambiar el foco con que leemos este ejemplo de la apuesta es que resultan dos posiciones muy distintas en las que queda el ambiguo personaje; puede estar rompiendo la heteronorma o perpetuándola.

Lo que sucede ya posterior a fijar la apuesta, es otro punto constituido por la ambigüedad. Los sentires se mezclan en una bruma caótica y confusa; partiendo por, justamente, el *no* deseo de La Manuela de mantener relaciones sexuales con La Japonesa:

Era cuestión de desnudarse y meterse juntos a la cama, ella le diría qué cara pusiera, todo, y a la luz de la vela no era mucho lo que se vería, no, no, no. Aunque no hicieran nada. No le gustaba el cuerpo de las mujeres. Esos pechos blandos, tanta carne de más, carne en que se hundan las cosas y desaparecen para siempre, las caderas, los muslos como dos masas inmensas que se fundieran al medio, no. (Donoso 51)

En esta cita vemos entonces la negación, sin embargo, sabemos que finalmente el impulso erótico sucede; logran tener un encuentro sexual; en el cual los roles identitarios son totalmente performáticos. Cuando la Japonesa acepta la apuesta concibe a la Manuela sólo como un hombre homosexual: “yo puedo calentar a la Manuela por muy maricón que sea. (49)” Pero cuando ya se encuentra manteniendo el encuentro sexual parece caer en la performatividad de género que juega constantemente aquel personaje. La Japonesa parece actuar ya no sólo motivada por el deseo de ganar la apuesta y obtener la casa, sino que por un deseo sexual auténtico por Manuela, quien, a su vez, se deja llevar por el erotismo de la Japonesa. Cabe destacar que ese dejarse llevar sólo se logra cuando la dueña del prostíbulo le remarca el papel que cada una cumple en aquel encuentro: la Manuela es la mujer y ella, la Japonesa, es la “macha”. Por lo que la relación heterosexual que podría efectuarse en un comienzo se invierte; se rotan los roles; se burla la genitalidad en pos del género



performático. Sin embargo, en un momento los roles se quiebran en una segunda capa, y la Japonesa invita a la Manuela a pensar y efectuar el acto sexual como si ambas fueran mujeres (sin ella investir de una masculinidad para complacer a La Manuela), encontrando ella misma, según podríamos interpretar, una satisfacción sexual en aquello, es decir, incursionando en un sentir lésbico. Por lo que, performativamente hablando, la heterosexualidad no sólo se invertiría sino que también luego se rompería.

Podemos cerrar este punto relacionado a la relación con la Japonesa afirmando que en aquel episodio se hace patente la indeterminación de la sexualidad de la Manuela, es decir, su identidad sumamente Queer, y que ésta devela los matices de la sexualidad (y la performance) de la Japonesa.

Fruto de aquella apuesta nace la Japonesita, personaje que a continuación procedo a analizar como punto de choque con la Manuela y su performance.

**Te nombro y condeno como mi padre: “vergüenza ser hija de un maricón como él”.**

El personaje de la Japonesita parece configurarse en la obra como *lo otro* y como aquello que topa con la performatividad de la Manuela. Hablamos de ella como un tope porque su mera existencia recuerda un encuentro entre Manuela y una mujer; lo cual se erige como una contradicción con lo que Manuela siempre afirmaba: su orientación sexual hacia los hombres y la desconexión que experimentaba con su anatomía masculina: “Si este aparato no me sirve nada más que para hacer pipí” (49). En añadidura, la relación entre ambas figuras constantemente frustra la performatividad de la Manuela; su expresión de género femenina parece quedar impedida y hasta ridiculizada cuando es llamado “padre” por su hija. Ante esto, la Manuela responde con hastío, con rechazo. En el fondo, la suya es una reacción originada en la sensación de que su identidad (y el derecho a ejercerla con libertad) se ve atacada por su hija:

(...) bueno, bueno, chiquilla de mierda, entonces no me digas papá. Porque cuando la Japonesita le decía papá, su vestido de española tendido encima del lavatorio se ponía más viejo, la percala gastada, el rojo desteñido, los zurcidos a la vista, horrible, ineficaz, y la noche oscura y fría y larga extendiéndose por las viñas, apretando y venciendo esta chispita que había sido posible fabricar en el despoblado, no me digái papá, chiquilla huevona. Dime Manuela, como todos. ¡Que te defienda! Lo único que

faltaba. ¿Y a una, quién la defiende? No, uno de estos días tomo mis cachivaches y me largo a un pueblo grande como Talca. (Donoso 31)

El vestido, continuando con la primera cita de este apartado, se vuelve aún más estropajo cuando la Japonesita lo llama “papá”, cuando lo nombra como un *él*, como un sujeto masculino y paterno. Es decir, y ya que hemos establecido que el vestido es la identidad de género; la Japonesita impide esta misma. Una razón podría ser que la joven nunca ingresa al carnaval de su padre.

Debemos considerar también que la hija de la Manuela pareciera quedar en una doble orfandad, pues, por un lado su madre ha muerto y su padre reniega de ese papel. El único rol que la Manuela podría querer aceptar con la Japonesita es el de madre: “(...) mira que esta chiquilla mala le dice a todo el mundo que es hija mía para obligarme a quedarme, vieras cómo me trata, como a una china siendo que soy su madre” (76). Ante esto, Japonesita se niega; ella desea encontrar en la Manuela una figura paterna con todo lo que aquello conlleva; protección y cuidado, sobre todo frente a la figura de Pancho y su agresividad (30). Esto estaría cimentado en la regla social implícita de que el hombre debe respetar a la mujer que, en cuanto al sistema de parentesco, le corresponda a otro hombre; como nos dice Rita Segato en *Las estructuras elementales de la violencia*: “Una vez instaurado el sistema de contrato entre pares (u hombres), la mujer queda protegida en cuanto está puesta bajo el dominio de un hombre signatario de ese contrato” (28)

Sin embargo, Manuela, no puede corresponder a esa exigencia de roles:

¿Quería que ella, la Manuela, se enfrentara con un machote como Pancho Vega? Que se diera cuenta de una vez por todas y que no siguiera contándose el cuento... sabes muy bien que soy loca perdida, nunca nadie trató de ocultártelo. Y tú pidiéndome que te proteja: si voy a salir corriendo a esconderme como una gallina en cuanto llegue Pancho. Culpa suya no es por ser su papá. Él no hizo la famosa apuesta y no había querido tener nada que ver con el asunto. ¿Así es que para qué la molestaba la Japonesita? Si quería que la defendieran, que se casara, o que tuviera un hombre. (Donoso 30-31)

Recuerdo, para interpretar esta cita, que ya propuse el vestido de española como la identidad de género de La Manuela. Respecto a esto, en esta ocasión el vestido, cuando la Japonesita lo nombra como padre, se deteriora, lo cual coincide con esta vejación que realiza la hija a la



identificación que Manuela enuncia con una subjetividad femenina. Otro aspecto que surge de esta cita, es el rol que La Japonesita le exige: protector. Pero La Manuela se siente incapacitada de proveérselo, porque rompería con el esquema de su performance femenina.

Manuela no puede defender a su hija porque carece del principal instrumento socialmente admitido para esta tarea: la virilidad. Decide, por ende, que la solución es la unión de la Japonesita con un hombre; y un candidato para aquello es justamente Pancho, por lo que la violencia de éste, de pronto, parece cambiar de valor y se ofrece como una posibilidad de seguridad e incluso, de realización como mujer: “¿Para qué te voy a defender? Acuéstate con él, no seas tonta. Es regio. El hombre más macho de por aquí y tiene camión y todo y nos podría llevar a pasear” (31).

Pancho podría, de esta forma, ocupar el lugar paterno que ella carece y se le es negado. Este asunto, por supuesto, origina un sentimiento de rencor recíproco entre ambas figuras. La Japonesita, por un lado, siente rechazo y vergüenza por la identidad y conducta de su padre: “El año pasado, después de lo de Pancho, su hija le gritó que le daba vergüenza ser hija de un maricón como él (31)” Por su parte, la Manuela resiente intensamente la femineidad de su hija; envidia y anhela que la Japonesita haya nacido como mujer cisgénero y ella no:

La Manuela terminó de arreglar el pelo de la Japonesita en la forma de una colmena. Mujer. Era mujer. Ella se iba a quedar con Pancho. Él era hombre. Y viejo. Un maricón pobre y viejo. Una loca aficionada a las fiestas y al vino y a los trapos y a los hombres. Era fácil olvidarlo aquí, protegido en el pueblo —sí, tiene razón, mejor quedarnos. (Donoso 32)

En esta relación de rencor y frustración mutua descansa el valor que el personaje de la Japonesita tiene en la obra, como nos dice Gonzales:

(...) dentro de la dinámica que se da al interior del pueblo, la Japonesita representa la realidad, un ser sin máscaras (...). Ella es la mujer verdadera, por lo tanto, tiene poder sobre la Manuela (...). La realidad de la Japonesita es ausencia para la Manuela. Es decir, la Japonesita representa lo que la Manuela jamás podrá ser: primero que todo, mujer, y segundo, joven. (Gonzales s/p)

Sin embargo, y como todos los personajes de la obra, esta figura posee una ambivalencia; en tanto limita la existencia de la Manuela también define y sustenta la

identidad de esta. Tomo nuevamente las palabras de Gonzales para referirme a esto, pues me parecen sumamente esclarecedoras y concisas:

La Manuela solo se define como hombre o como mujer en función de su relación con la Japonesita. Sin ella no podría ser mujer, pues a través de ella es madre y posee a Pancho, ni tampoco podría recordar su condición masculina, pues es ella quien constantemente la llama “papá” y busca su protección y amparo viril. (Gonzales s/p)

Es decir, en tanto la Japonesita ve a su padre como un hombre *queriendo* ser mujer, la Manuela queda atrapada entre esos límites, pues necesita que su hija sea performativamente hija suya pero viéndole como *madre*. Por esto es que en la cita de la obra, más arriba puesta, la Manuela se ve, de pronto, como un hombre. Pues su performance se cae mientras la hija no colabore en ella. La colaboración, no obstante, está imposibilitada por la concepción que tiene la Japonesita sobre la identidad de la Manuela: “era un niño, la Manuela. Podía odiarlo, como hace un rato. Y no odiarlo. Un niño, un pájaro. Cualquier cosa menos un hombre. El mismo decía que era muy mujer. **Pero tampoco era verdad.** (32)

Si bien no hay una reprimenda física o sistémica por parte de su hija, si hay un castigo; la indiferencia y la omisión de su propia enunciación. Me refiero con esto al hecho de que la Japonesita ignora por completo la identidad de su padre; autoproclamada en variadas ocasiones, no sólo para ella misma sino ante otros también, como cuando le exige a Pancho que no enuncie a su padre como *la* Manuela:

—No le digas la Manuela.

Pancho lanzó una carcajada.

—¿A estas alturas, mijita?

—No le digas la Manuela. (Donoso 64)

Parece ser que sin recordarle constantemente a su progenitor que es, (bajo su criterio), un hombre, su misma existencia e identidad estarían peligrando.

Concluamos entonces, que la Japonesita es la red que atrapa a la Manuela, que la retiene en su masculinidad indeseada, que la confina a un pueblo pequeño e ignorante, pues la vergüenza de tener un padre como la Manuela le impiden querer abandonar El Olivo y



dirigirse a Talca, aun cuando sabe que el pueblo está condenado a la muerte a causa de la imposibilidad de conseguir la electrificación.

El último personaje que quisiera analizar en las próximas líneas en cuanto a su trato con el personaje principal es uno que ha ya sido considerando en tanto a la arista que representa la Japonesita: Pancho Vega.

### **El castigo físico de Pancho: “Hasta quebrarla”**

Ya hemos visto que todos los personajes que pueblan el mundo representado en esta obra poseen aspectos contradictorios y se mueven entre sus mismas ambivalencias, Pancho no es la excepción a esto; pero, a diferencia del resto de los personajes, no funciona como un ente limitante y definitorio para la Manuela (sí inmensamente violento y fatal hacia su figura) sino que más bien, en esta relación, la situación se invierte: los límites de lo que *es* Pancho se empiezan a esbozar en pos de los efectos que la Manuela y su performance causan en él.

En esta figura se representa una violencia mucho más física y fáctica, tangible y agresiva. Así como La Japonesita necesitaba delimitar la identidad de su padre, Pancho pareciera necesitar violentar la corporalidad transgresiva, amenazante y tentadora de un ser que pone en cuestionamiento su propia sexualidad. Al darle sanción a la identidad Queer de Manuela parece hacer eco de la sanción que él mismo teme a causa de la atracción homosexual que siente hacia ella. Esta pulsión homosexual asoma, como única vez de forma explícita verbalmente, cuando declara apenas su enamoramiento por La Manuela y admite:

—Sí, pero yo no estoy enamorado de ella...

La señorita Lila lo miró turbada.

—¿De quién, entonces?

—De la Manuela, pues...

Todos se rieron, hasta ella.

—Hombres cochinos, degenerados. Vergüenza debía darles...

—Es que es tan preciosa... (Donoso 20)

Además de esta vez hay otra ocasión donde surge el tema de la sexualidad en Pancho. Se trata de un recuerdo, remontado a su infancia, en la que podemos detectar el despliegue de las normas sociales internalizándose en la mente infantil de Pancho pues sufre por primera

vez el asomo del aspecto punitivo que traería la homosexualidad o la transgresión a las conductas asignadas a la masculinidad. A la vez también aparecerían atisbos de la heterosexualidad obligatoria, pues en aquel episodio infantil su amistad con Moniquita se interpreta de inmediato como una relación romántica aunque sea (infantil); es decir se asume que por tratarse de una mujer y un hombre se abre el camino a una relación, por tanto, se asume la heterosexualidad de Pancho. Pero él no quiere que lo piensen como el novio de la hija del patrón:

(...) él papá y ella mamá de las muñecas, hasta que los chiquillos nos pillan jugando con el catrecito, yo arrullando a la muñeca en mis brazos porque la Moniquita dice que así lo hacen los papá y los chiquillos se ríen —marica, marica, jugando a las muñecas como las mujeres—, no quiero volver nunca más pero me obligan porque me dan de comer y me visten pero yo prefiero pasar hambre y espío desde el cerco de ligustros porque quisiera ir de nuevo pero no quiero que me digan que soy el novio de la hija del patrón, y marica, marica por lo de las muñecas (Donoso 59).

Como Pancho siente la obligación de mantener su careta de heterosexualidad y “hombría” para poder seguir los límites impuestos socialmente por el sistema sexo/género, su deseo sexual hacia Manuela se ve frustrado, y entonces, podemos proponer que lo traslada hacia la Japonesita. En realidad, a ambas amenaza con violentarlas sexualmente: “A las dos me las voy a montar bien montadas, a la Japonesita y al maricón del papá...” (7)

El hecho de que su deseo se desplace automáticamente hacia la hija de Manuela nos arroja un punto interesante. Rita Segato en *Las estructuras elementales de la violencia*, y sus postulados sobre la violencia que propinan ciertos hombres a otros hombres con miras, aunque parezca extraño, al género (32), nos permite pensar que, una de las razones por las cuales Pancho insiste en atacar a la Japonesita es para “castigar”, justamente, a la Manuela como sujeto masculino que no cumple con las normas del sistema sexo/género y que desafía el orden. En este sentido, podemos también ligar la idea que en *La Teoría Queer* de Fonseca y Quintero nos presentan, y es que la homosexualidad y su enunciación, significa y se recepciona en el destinatario del mensaje, a nivel del inconsciente y culturalmente, como una invitación a ejercer la homosexualidad, y por tanto, es una amenaza a la heterosexualidad. Este miedo a caer en la práctica de la homosexualidad al estar en contacto con una subjetividad homosexual se ve claramente expresado cuando Pancho retrocede su



acercamiento a la Manuela a causa de que su amigo Octavio ve que se están besando (67) y le dice: “Ya pues, compadre, no sea maricón usted también...” (68). Entonces Pancho lo intenta negar todo y la voz narrativa nos dice: “Pancho tuvo miedo (68). Podríamos proponer que esto es justamente lo que queda detrás del rechazo de Pancho hacia la Manuela y la atracción hacia ella: el miedo y el rechazo propio. Y eso es la potencia que tiene la Manuela sobre él; hacerle temer porque él en su vestido rojo parece invitar a transgredir, y esa misma potencia de desestabilizar es su sujeción frente a él; pues tras aquel incidente es que se desata el ataque físico hacia la Manuela.

Sin embargo, y aunque oculto por la internalización de la heteronormatividad, el deseo hacia la Manuela es existente y secreto, sumamente tabú: “Que no lo vean dejándose tocar y sobar por las contorsiones y las manos histéricas de la Manuela que no lo tocan” (74). El deseo está impregnado de un carácter violento y de una pulsación violenta y sádica:

El quisiera agarrarla (...) hasta quebrarla, (...) para que se quede tranquila, apretándola, hasta que me mire con esos ojos de redoma aterrados y hundiendo mis manos en sus vísceras babosas y calientes para jugar con ellas, dejarla allí tendida, inofensiva, muerta: una cosa” (Donoso 75).

Finalmente, cuando Pancho cede (apenas) a sus deseos se desata, como decíamos, el ataque: debe destruir a la Manuela para reafirmar su masculinidad frente a Octavio. Entonces ambos arremeten contra la Manuela (79). Y en ese último gesto violento que tienen hacia ella, logran transportar su figura, como tanto ansiaba Pancho, hacia lo “real”, hacia un mundo donde el terror que hombres como ellos producen impide que pueda ser mujer; le devuelven, a golpes, hacia su masculinidad:

Parada en el barro de la calzada mientras Octavio la paralizaba retorciéndole el brazo, la Manuela despertó. No era la Manuela. Era él, Manuel González Astica. Él. Y porque era él iban a hacerle daño y Manuel González Astica sintió terror. (Donoso 77)

De esta forma, doblegade y obligade a pensarse como un hombre; surtiendo efecto así las normas impuestas a la fuerza en su psiquis y su propia concepción, termina la Manuela. Sufriendo en su agonía una última violencia: el desamparo del poder. Como ya apuntaba en la primera parte de mi trabajo, los sujetos precarios no son protegidos por el estado. En este

caso, Don Alejo representa el poder y la autoridad, y le deja a su suerte, conociendo el peligro que corría La Manuela y teniendo todas las facultades de ponerle fin.

Con Pancho, finalmente, termina la ruta de personajes que al relacionarse con Manuela dejan una estela de ambivalencia mezcladas. Las propias y las de esa “loca” con vestido de española que al no encajarse en categorías de sexo-género rompe con los contratos sociales que de aquel sistema de originan.

## **Conclusión**



En conclusión a todo lo expuesto en el presente trabajo hay bastantes líneas temáticas que pueden surgir, pero quisiera concentrarme en aquellas que se relacionan directamente con lo que se puede desprender de mis objetivos y las que pueden aportar a referirme a mi hipótesis.

Parto apuntado, para guiar mis conclusiones, que una de las primeras cosas que he planteado en el presente informe se relaciona con la importancia de la enunciación; en específico en este caso con la enunciación de José Donoso como escritor de la obra que he escogido para analizar. En este sentido podríamos estar pensando en otra capa de espacios reflejados o en otra mueca rusa dentro de muchas más; otra puesta en abismo que escapa del mero enunciado y se posiciona en la enunciación. Si bien este punto de la enunciación no constituye ningún objetivo de investigación, ni tampoco es parte de mi hipótesis, si lo he mencionado como antecedente, es decir, como una consideración previa a adentrarme a examinar teóricamente *El lugar sin límites*. Ya he explicado ampliamente porque me parece fundamental considerar (aunque sea a nivel de dejar constancia) el lugar de enunciación. Así mismo quisiera transparentar algunos aspectos de mi enunciación a la hora de escribir esto. Uno de esos aspectos es la sensación de que a veces las herramientas teóricas parecen quedar un tanto insuficientes con respecto a algunas líneas analizadas de la obra; y me refiero no sólo a esta obra donosiana en cuestión sino a obras en general. Creo que esta situación se da cuando se estudian los corpus literarios de la manera que señalo en mi introducción: con una objetividad científica aséptica que el feminismo ha querido derribar siendo consciente de las subjetividades que enuncian y de los deseos que mueven el texto. Por esto es quiero sincerar que al terminar mi análisis apoyado en el material teórico crítico utilizado, sigo pensando en que algunos de los puntos que he analizado pueden ser mejor comprendidos añadiendo la imagen de José Donoso como ser que vuelca su subjetividad en su escritura. Hay paralelos que detecto y que personalmente me proveen de más perspectivas para abordar la obra y que quisiera mencionar aquí.

Uno de ellos es la familia. Aunque se podría pensar que en *El lugar sin límites* no hay predominancia de la imagen de familia, lo cierto es que sucede todo lo contrario. El parentesco y sus normas, como ya he explicado en el análisis mismo de la obra, son sumamente importantes a la hora de examinar el comportamiento de las agresiones de Pancho

hacia la Japonesita y del efecto que causa ésta última en la Manuela. La paternidad en este caso parece ser bastante disfuncional, pues al rechazar la Manuela su masculinidad parece por consecuencia renunciar a la paternidad, y la Japonesita, por su parte, queda con esa figura paternal ausente y no permite que su padre pueda cumplir un rol más bien maternal, pues a través del lenguaje (ocupando la palabra “padre” y género gramatical masculino) lo devuelve a tirones al lugar asignado por las normas: hombre padre. Por supuesto esto puede ser leído teóricamente y es lo que espero haberlo logrado en las páginas anteriores. Sin embargo, cabe la pregunta: ¿Tendrá que ver esa paternidad disfuncional de la novela con la propia relación del Donoso y su hija? Sabemos que aquel lazo no carecía de conflictos, que Pilar sintió desilusión de su padre y experimentó sensación de ella misma ser insuficiente hasta el día en que decidió dar fin a su vida. Sabemos también que José Donoso sentía desconexión con su familia, que no podía sentir a su hija como perteneciente al núcleo familiar, y que más que una relación amorosa romántica entre él y su esposa había una alianza que, por su sexualidad y el alcoholismo de ella, a veces se volvía compleja y conflictiva. ¿Será que el rechazo que profesaba la Japonesita hacia su padre estaba inspirado en el sentir de Pilar? ¿Será que la delimitación que ejercía la Japonesita con su propia existencia a la identidad de la Manuela tiene que ver con el rol de padre que debía asumir Donoso mientras intentaba al mismo tiempo entender y analizar su sexualidad? Lo cierto es que este tipo de preguntas no pueden responderse con certeza. Se puede creer o no creer, una especie de apuesta un tanto infundada. Pues sólo Donoso mismo podría respondernos.

Otra línea entre autor y obra que se traza inevitablemente en mi mente es el tema de la pose y performance. En los antecedentes se hizo un despliegue sobre cómo funcionaba la pose en Donoso y sobre todo en la escritura de sus diarios; donde el secreto y la escritura íntima parecen no ser del todo “auténticas” y más bien es una pose para poder decir lo que en otras circunstancias no se diría. Una especie de separación entre las esferas de lo privado y lo público, siendo, no obstante, que su confesión estaba escrita en el diario que él mismo imaginaba algún día famoso y estudiado internacionalmente. Su matrimonio, por otra parte, también era una pose, una máscara. En definitiva, se investía del rol de hombre heterosexual para mantener su sexualidad en las penumbras. En ese sentido sería fácil pensar que la Manuela vendría a representar la antítesis de aquello; si hay alguna máscara en aquel personaje es para cumplir una performance totalmente disruptiva y transgresora, y no para



ocultar nada. En la Manuela todo es exaltación y desborde. Nuevamente preguntarse por el significado de esto para Donoso no traería ninguna respuesta concreta e inequívoca; solo suposiciones. Pero sí podemos afirmar que la obra parece contener un mundo lleno de máscaras, de pretensiones. Sobre esto mismo Corbalán en su texto ya varias veces citado a lo largo de este trabajo, nos dice lo siguiente: “En la obra donosiana el mundo es representado como lo que enmascara y disfraza y a la vez como lo que en el seno del proceso narrativo debe ser desenmascarado, aquello a lo que se debe quitar el disfraz” (27). Teniendo en cuenta esta cita recordemos que José Donoso parecía decir la verdad en ese mundo cifrado: “sí, lo sé, tengo fe en mi capacidad de entregar toda mi sinceridad cifrada en el código de mis libros” (Morales cit. Pilar Donoso, p 243).

Por último con respecto a esto, ¿es para Donoso El Olivo un espacio que él sintió en su propio país? ¿*El lugar sin límites*, lleno de líneas limitantes que rodeaba a la Manuela se parece a la sociedad que lo rodeaba y a la que temía lo considerase solo un hombre homosexual y no un valioso escritor si su sexualidad salía a la luz?

Ahora bien, ya mencionado lo anterior es buen momento de adentrarme en las conclusiones del análisis propio de la obra. La pregunta de investigación que condujo este trabajo y le dio origen se volcaba al funcionamiento de la ambivalencia en el personaje de la Manuela en su círculo social. Razón por la cual el objetivo para poder llegar a dar respuesta a esa hipótesis era examinar sus relaciones interpersonales en cuanto a su identidad Queer y el efecto que esto causaba en los demás personajes. Al emprender aquella labor y posteriormente terminarla, puedo afirmar que la identidad no cisgénero de la Manuela no pasa desapercibida en El Olivo, que es, de hecho, motivo de sanción social para ella. La sanción se expresa de distintas maneras según lo que cada personaje castigador sienta que la Manuela le ha transgredido. La imposibilidad que clasificar a la Manuela parece mermar en las relaciones que ella establece generando así mismo una inestabilidad en las identidades que la rodean. La Manuela y su performance ponen en jaque a las subjetividades circundantes. Si la Manuela no se comporta como un hombre, no se enuncia como uno, entonces se rompen contratos sociales con los hombres y se frustra la oposición que debe comprender deseo con las mujeres. A la vez, no logra invertir; no logra ser percibida como una mujer, por lo que no sólo puede dar vuelta al otro extremo del género masculino, que

sería el femenino. Si su figura la tomamos como una inversión, tal como nos dice Andrea Ostrov en *Espacios de Ficción*, estaríamos también cayendo en un criterio heterosexual (64); estaríamos proponiendo que en esos márgenes se mueve el personaje cuando en realidad lo que queremos afirmar es que su identidad Queer parece olvidarse de las categorías asignadas. No cabe, entonces, en ninguna categoría. No es el *otro* binariamente para nadie. Y las sociedades heterosexuales necesitan esa binariedad entre hombres y mujeres para funcionar, tal como lo menciona Wittig en cuanto a su texto *El pensamiento heterosexual*, que ya he trabajado en el corpus del texto. La misma autora además aclara que las categorías de género más que casillas clasificatorias en sí misma son relaciones: “En este sentido, no se trata de una cuestión de ser, sino de relaciones (ya que las “mujeres” y los “hombres” son el resultado de relaciones)” (26).

Quisiera mencionar en este punto otra consideración referida a la voz narrativa del texto. Pareciera ser que la identidad genérica de la Manuela es tan inclasificable y con límites tan difusos, siendo ella al parecer lo único sin límites de *El lugar sin límites*, que la narración la nombra con distintos géneros gramaticales según la focalización que se ocupe en cada momento. Por eso cuando la narración en tercera persona se hace desde la focalización de la Japonesita se le trata con el género masculino, puesto esto coincide con la percepción que tiene ésta de la identidad de su padre. Cuando por otro lado, se focaliza en su amiga Ludovinia, quien parece aceptar su identidad junto a otras mujeres, “que siempre la habían tratado así, sin ambigüedades, como debía ser” (15), se respeta el género gramatical femenino. Otras veces la propia focalización de la Manuela parece fluir entre un “él” y “ella”, también dependiendo esto según con quien se esté relacionando directamente en el momento. Cuando ve a su hija parece sentirse contrastada y se enuncia, o recuerda, como un hombre frente a la Japonesita: “Mujer. Era mujer. Ella se iba a quedar con Pancho. Él era hombre. Y viejo” (32). Este plano lingüístico de la narración de la obra es un nivel más en el que podemos percibir la indeterminación de la Manuela.

Nos queda claro, al final de la obra, que la ambivalencia de la Manuela no puede operar impunemente en El Olivo. En una clara ironía y paradoja al título, la Manuela y su ambigüedad fluctúan en un espacio sumamente limitado. La no evolución del pueblo no solo se trata de la carencia de los avances tecnológicos sino también de un pensamiento que acepte



las subjetividades sin identidades rígidas ni normadas. Los residuos, llamémosles, que deja la Manuela en los otros personajes no son bien recibidos, porque en ese pueblo donde todos se conectan por los hilos que va moviendo Don Alejo, el desorden de una subjetividad, provoca el caos en todas las demás. Lo queer de la Manuela aterra todas las identidades que parecen depender, en cuanto a su determinación, de él. En este sentido, recordando lo planteado en antecedentes respecto a la fuerza secreta que desestabiliza el orden; podríamos convenir en que la Manuela es esa fuerza; con todas las características que aquello poseía, incluyendo esa forma misteriosa de obrar que no se presenta sólo como oposición al orden, sino como algo que lo subyace.

Lo anterior reafirma mi hipótesis: La ambivalencia de Manuela se origina en su identidad Queer en un entorno heteronormado y patriarcal, lo cual le deja provista de sujeción frente a ese entorno.

Su potencia sería esa capacidad de caotizar, de hacer la revuelta con su indeterminación contagiosa; de mermar en las identidades rígidas y normadas del resto de los personajes. Su sujeción, por otro lado, es clara y explícita al final de la obra; es la precariedad. Es el castigo físico de Pancho, la odiosidad y rencor de su hija, la cosificación de la japonesa, y la indiferencia de Don Alejo. Es la muerte que le espera a ella y su vestido de española.

## **Bibliografía**

- Barbieri, Teresita. *Sobre la categoría de género*. Santiago: ISIS internacional, 1992.
- Butler, Judith. "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista." *Debate Feminista*, Vol. 18, 1998.
- \_\_\_\_\_. *Performatividad, precariedad y políticas sexuales*. AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, vol. 4, núm. 3, septiembre-diciembre, 200
- \_\_\_\_\_. "Introducción". *Mecanismos psíquicos del poder*. Teorías sobre la sujeción. España: Catedra, 2001
- Cánovas, Rodrigo. *Una relectura de El lugar sin límites, de José Donoso*. Universidad Católica: Anales de literatura chilena, Año 1, Diciembre 2000, Número 1, 87-99
- \_\_\_\_\_. *(Auto)biografía de Pilar Donoso: cartas marcadas*. Acta lit. [online]. 2014, n.49, pp.37-58. ISSN 0717-6848.
- Colaizzi, Giulia. "Razones para un Debate", *Feminismo y teoría del discurso*, 1990.
- Corbalán, Pablo. *Cartografía de José Donoso*. Santiago: Frasis Editores, 2004.
- Donoso, José. *El lugar sin límites*. Santiago: Alfaguara, 1996.
- Fonseca, Carlos y Quintero, María Luisa. *La Teoría Queer: la de-construcción de las sexualidades periféricas*. Sociológica, año 24, número 69, 2009,
- Foucault, M. *Tecnologías del Yo*. Buenos Aires: Paidós, 2015.
- Gonzales, Bárbara. *Reversos, espejos y mundos: El lugar sin límites de José Donoso*. Santiago: Revista Critica.cl, 2006
- Haraway, Donna. "Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial". *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Trad. Manuel Talens. España: Catedra, 1995
- Marcuse, Herbert. *Eros y Civilización*. Madrid: Sarpe, 1983.



- Morales, Leonidas. "Diario de José Donoso: de la pose y del doble" *Revista Chilena de Literatura*, Número 87, 2014
- Rubin, Gayle. "El tráfico de mujeres". *Nueva antropología VOL. VIII*: México, 1986.
- Segato, Rita. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- Showalter, Elaine. *La crítica feminista en el desierto*. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2001 ISBN:968-16-5528-1
- Ostrov, Andrea. *Espacios de ficción: espacio, poder y escritura en la literatura latinoamericana*. Villa María: Eduvim, 2014.
- Oyarzún, Kemy: "Feminismos chilenos: una democratización encarnada". *Mujeres Insurrectas. Revista Anales* N°14, 2018.
- Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual*. Editorial EGALES, S.L. 2006